

UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Diario del viaje de Montevideo a Paysandú

Dámaso A. Larrañaga

Clásicos Universitarios

Ediciones Universitarias

Mapa de los ríos, arroyos
y centros pobladosde la Banda Oriental,
Misiones y parte del sur de Brasil.
Atribuido a Dámaso A. Larrañaga,
sin fecha.
Papel de tejidos, color amarillo,
tinta china, tinta ferrogálica,
340 mm x 230 mm
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
Conservación: estable



Diario del viaje de Montevideo a Paysandú



Dámaso Antonio Larrañaga

Diario del viaje de Montevideo a Paysandú

Ediciones Universitarias

COLECCIÓN CLÁSICOS UNIVERSITARIOS

Primera edición, Universidad de la República, 1967
Segunda edición, Universidad de la República, 2016

Diseño de tapa e interior:
Analía Gutiérrez Porley

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/dpto_publicaciones.htm>

Impresión: Gráfica Mosca
Depósito Legal N° 370.418

ISBN: 978-9974-0-1400-8

Prefacio

Hace pocos meses, con motivo de la presentación del *Diario de Historia Natural*, 1808-1814 del mismo Larrañaga (ver nota final del prólogo de Ana Frega), conversamos con varias personas sobre la pertinencia de hacer una reedición de la hermosa publicación de 1967 del Departamento de Publicaciones de la Universidad (ver nota 2 del mismo prólogo). Ante la dificultad de obtener autorizaciones para la reproducción de varios de los grabados que ilustran esa edición mantuvimos la idea de promover esta reedición y por recomendación de muchos entendidos acordamos proveerla de varios dibujos de Larrañaga conservados en el Archivo General de la Nación. Todos los involucrados creemos que lo que perdimos en una dimensión lo ganamos en otras.

El prólogo de Ana Frega nos exime de comentarios sobre el contexto histórico y la reivindicación de la figura austera, firme, inteligente y popular de Artigas.

Respecto de Larrañaga, que tuvo sinuosas actitudes respecto de los poderes de aquellos tiempos, conviene recordar que sus propuestas estuvieron íntimamente vinculadas a la creación de nuestra Universidad de la República. El proyecto de ley que presentara en el Senado de la República y fuera aprobado el 11 de junio de 1833 disponía la creación de nueve cátedras y que el Presidente de la República decretara formalmente la instalación de la Universidad cuando la mayoría de las cátedras se encontraran ejerciendo. «Surge así la Casa de Estudios Generales que, en 1836, ya tenía las cátedras de Latín, Filosofía, Matemáticas, Teología y Jurisprudencia» (de la página <http://universidad.edu.uy>). Incluso el primer proyecto de Ley Orgánica, no aprobado, fue escrito por Larrañaga y elevado a las cámaras por el presidente Manuel Oribe el 28 de mayo de 1838. La instalación solemne de la Universidad se produjo el 18 de julio de 1849. Larrañaga, que nació en 1771, había muerto el año anterior.

Agrego unos comentarios motivados en una experiencia personal. En la semana de Turismo de este año recorrimos, por carretera, caminos cercanos al de regreso de Larrañaga luego de cruzar el río Negro en Mercedes hasta Colla (ahora Rosario, departamento de Colonia), entre el 17 de junio y el 22 de junio

de 1815: Santo Domingo Soriano, San Salvador (ahora Dolores), Las Víboras, los Cerros de San Juan, Real de San Carlos, Colonia, Riachuelo. Hay diversos detalles extraordinarios en su descripción de los diversos paisajes, personas, comidas, animales. Un comentario nos pareció particularmente revelador del estado de nuestro país hace solo 200 años:

«Entramos por sobre ruinas, que indicaban que algún tiempo fue un pueblo rico y opulento; y en efecto fue el depósito del gran comercio clandestino que por muchos años hicieron los portugueses con Buenos Aires».

Era la ciudad de Colonia. Pero a pesar de la devastación de la guerra eran tiempos de expectativas de un futuro mejor y de unión de los pueblos del antiguo Virreinato, en particular para las masas populares que acompañaban a Artigas.

Agradecimientos especiales a:

- Alicia Casas de Barrán y Alicia Tonello del Archivo General de la Nación (AGN), Uruguay por brindar el material fotográfico y su descripción del manuscrito y los dibujos de Dámaso Antonio Larrañaga para la realización de este libro;
- Ana Frega de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación por su prólogo y sus comentarios y sugerencias para la edición de este libro;
- Mauricio Bonifacino de León de la Facultad de Agronomía y Melitta Meneghel, Marcelo Loureiro y Raúl Maneyro de la Facultad de Ciencias por rastrear los nombres científicos de los dibujos de D. A. Larrañaga;
- Fernando Pesce e Ismael Díaz de la Facultad de Ciencias por la realización del mapa del recorrido de D. A. Larrañaga;
- Alejandro Landoni por la coordinación del trabajo.

Roberto Markarian

Rector de la Universidad de la República, Uruguay

setiembre de 2016

Prólogo

El diario de viaje de Dámaso Antonio Larrañaga nos acerca imágenes y vivencias sobre un momento crucial del proceso revolucionario en el Río de la Plata. Testigo y protagonista, en la mirada de Larrañaga confluyen el sacerdote, el naturalista, el americano y el político. Las anotaciones describen caminos, lugares, fauna y flora, personajes, circunstancias, costumbres, temores y expectativas a lo largo de los veintiséis días que duró la travesía, recorriendo un territorio donde la guerra había pasado a ser lo cotidiano.

La primera edición que se conoce, realizada por la *Revista Histórica* bajo la dirección de Luis Carve en 1910, dejaba constancia de que se trataba de un manuscrito «muy deseado por los estudiosos».[1] Efectivamente constituye una fuente documental muy rica para geógrafos, biólogos, botánicos, historiadores, antropólogos o literatos, entre otros especialista. Sin embargo, el lenguaje llano, directo y vívido de la narración fue más allá del interés científico y, en poco tiempo, se transformó en una pieza literaria de amplia divulgación.[2]

---

1 «Diario desde Montevideo al pueblo de Paysandú por el doctor Dámaso A. Larrañaga, con motivo de una comisión cerca del general Artigas», en *Revista Histórica*, Montevideo, Archivo Histórico Nacional, año II, n.º 7, setiembre 1910, pp. 103-139, año II, n.º 8, diciembre 1910, pp. 426-453. El manuscrito de 26 fojas se encuentra actualmente en el Archivo General de la Nación, Uruguay, proveniente de la papelería de Andrés Lamas adquirida por el Estado.

2 Entre las múltiples ediciones se cuentan la del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, en el tomo III de *Escritos de don Dámaso Antonio Larrañaga* en 1923, la realizada por Baldomero Vidal en Paysandú en 1930, que incorporó como apéndice las actas del cabildo de Montevideo de los días 29 de mayo y 20 de junio de 1815; la *Selección de Escritos* de Larrañaga en la colección Clásicos Uruguayos editada por el entonces Ministerio de Instrucción Pública en 1965, con prólogo de Alfredo Castellanos, la del Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República en 1967, con xilografías de Luis A. Solari, Leonilda González y Carlos A. Fossatti; la incluida como suplemento al fascículo 2 de la *Enciclopedia Uruguaya* en 1968; la de *Biblioteca de Marcha* con un prólogo de Carlos Maggi en 1973; la edición en copia paleográfica en el tomo XXIII del *Archivo Artigas* en 1990, la coedición Socio Espectacular y Ediciones de la Banda Oriental, con prólogo de Heber Raviolo, en 1997 o la realizada en coedición del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Universidad del Trabajo en 2008.

El propósito de estas líneas es brindar al lector elementos del contexto revolucionario en 1815 y algunos apuntes sobre contenidos y formas de abordaje presentados por Dámaso Antonio Larrañaga en este texto.

1815: la revolución en la encrucijada

Parafraseando el título de la obra de John Reed, podríamos decir que el diario narra los días que conmovieron a la Provincia Oriental. Además del objeto de la misión ante Artigas, se suceden anotaciones sobre la negociación con las Provincias Unidas, el fallido congreso en Mercedes, los rumores de una expedición española, los efectos de cinco años de enfrentamientos militares y la expansión del Sistema de los Pueblos Libres a los pueblos misioneros. Vayamos por partes.

La restauración de Fernando VII al trono español en 1814 dio por tierra con la monarquía constitucional instaurada con la Constitución de Cádiz dos años atrás. Prontamente comenzaron los preparativos para una expedición de reconquista de sus antiguas colonias. De acuerdo con las informaciones que circulaban en Buenos Aires y Montevideo, el destino era el Río de la Plata. La fuerte presencia de los ejércitos españolistas en el norte del antiguo virreinato platense, sumada a la posibilidad de que actuaran en forma coordinada con tropas portuguesas, generaba alarma en las autoridades revolucionarias.

Por otro lado, la victoria de las fuerzas orientales en la batalla de Guayabos en enero de 1815 sobre el ejército de las Provincias Unidas abrió el camino hacia Montevideo. A fines de febrero, el artiguismo obtuvo por primera vez el control de todo el territorio de la Provincia Oriental. En Montevideo se renovó el cabildo y el coronel Fernando Otorgués asumió la gobernación.

Se afirmaba de esta forma el proyecto de independencia, confederación y libertad republicana formulado en el Congreso de Tres Cruces en 1813. En oposición al régimen centralista que impulsaba el Directorio de las Provincias Unidas con capital en Buenos Aires, el artiguismo defendía el derecho de los pueblos y provincias, autoconstituidos como sujetos soberanos en pie de igualdad, a entablar lazos de unión para la construcción de una nueva entidad política en el Río de la Plata.

En forma paralela a los triunfos en la Provincia Oriental, la Liga o Sistema de los Pueblos Libres que reconocía a José Artigas como su Protector se afianzaba

más allá del río Paraná. En 1814 habían adherido los pueblos de Entre Ríos y Corrientes y a fines de marzo de 1815 se sumaron las provincias de Santa Fe y Córdoba.

En este contexto, en el mes de abril las fuerzas «porteñas» comandadas por José Ignacio Álvarez Thomas se rebelaron y provocaron la caída del director Carlos María de Alvear. Los resultados de la guerra y la amenaza de la expedición española abrieron la posibilidad de entablar una negociación entre el gobierno de Buenos Aires y el Protector de los Pueblos Libres. A su vez, Artigas lanzó dos convocatorias, una a los pueblos de la Provincia Oriental y otra a los que conformaban la Liga, para realizar sendos congresos que fijaran el nuevo orden político. En el marco regional, además, las fuerzas comandadas por Andrés Guaçurarí (*Andresito*) procuraban restituir los derechos a los pueblos misioneros al este del río Paraná, que habían quedado bajo control de Paraguay.

En Montevideo, la nueva situación política generó enfrentamientos sobre cuál era la autoridad máxima, es decir, quién mandaba en la Provincia Oriental. El motivo desencadenante fue la orden de Artigas a Fernando Otorgués disponiendo que se retirara de la plaza de Montevideo con rumbo a la frontera para detener una posible invasión española-lusitana. El 10 de mayo, cuando se estaba por dar cumplimiento a la orden, se hizo presente en la sala capitular «una porción de hombres con el nombre del Pueblo», pidiendo la permanencia del gobernador y exigiendo una nueva elección de cabildantes, pues los actuales no tenían «la confianza del pueblo».[3] Los días siguientes fueron de gran tensión. La voz visible del movimiento era el doctor Lucas José Obes, quien encabezó una junta electoral constituida al efecto. En el cabildo lo fue Juan María Pérez, síndico procurador e importante hombre de negocios. Las actuaciones culminaron el 13 de mayo con la separación de los cuestionados, la ratificación de los demás cabildantes en sus puestos y la elección de dos sustitutos.

El conocimiento de estos hechos produjo una dura reacción de Artigas. En una carta al cabildo de Montevideo fechada en el cuartel de Paysandú el 24 de mayo, se daba «por exonerado» de sus obligaciones, dejaba «en manos del Pueblo Oriental tomar las medidas convenientes para garantir su felicidad y seguridad» y solicitaba que se le indicara a quién debía entregar las tropas y

3 Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas* (en adelante CNAA), Montevideo, Monteverde, 1990, tomo XXIII, pp. 66-67. Se cuestionaba al alcalde de primer voto, Tomás García de Zúñiga y al regidor decano, Felipe Santiago Cardozo, por entender que sus actitudes eran demasiado «blandas» respecto a los españoles europeos: les daban pasaportes para Río de Janeiro, diferían su expulsión de la ciudad y envío al cuartel general como medida de seguridad, y habían suspendido, en este caso siguiendo la orden de Artigas, la aplicación de una contribución extraordinaria a sus casas de comercio.

pertrechos que tenía. El oficio culminaba de forma tajante: «Yo repito a Vuestra Excelencia que me hallo incapaz de perpetuar la obra, después que mis providencias ni son respetadas, ni merecen pública aprobación».[4] En la misma fecha, Artigas envió al cabildo otro oficio por el que suspendía la reunión del congreso provincial que debía realizarse en Mercedes el mes siguiente y la negociación con la diputación de Buenos Aires, «entretanto que Vuestra Excelencia con el Pueblo resuelven lo conveniente y dan el mejor giro a los negocios».[5]

Antes de conocer esta reacción, el gobernador y el cabildo dispusieron la creación de un tribunal de vigilancia presidido por Juan María Pérez para registrar y controlar a los españoles que estaban en Montevideo. A su vez, se procedió a la elección de los tres diputados que debían representar a la ciudad en el congreso provincial, resultando nombrados Larrañaga, Obes y el militar Prudencio Murguiondo.[6]

Tres días después, en la sesión del 29 de mayo, el cabildo dio lectura a los dos oficios de Artigas. El acta da cuenta de la gravedad de las circunstancias. Quisieron atribuir a «algunos equívocos o siniestros informes» la «tan notable transformación en el ánimo de este señor general» y temiendo una «desolación política en la provincia», acordaron en forma unánime enviar dos diputados ante el Jefe de los Orientales. En esa misma sesión nombraron al regidor defensor de menores Antolín Reyna y al cura y vicario interino Dámaso Antonio Larrañaga para que se trasladaran ante Artigas y solicitaron al gobernador Otorgués que proveyese una escolta y caballos.[7]

Además de los dos diputados nombrados por el cabildo, Larrañaga registra al fraile franciscano José Benito Lamas comisionado por la Junta Electoral y al militar Miguel Pisani en representación del gobernador y comandante militar Fernando Otorgués. En sus memorias, Lamas describió el objeto de su misión diciendo que había participado del «congreso» para impedir la salida de la división de Otorgués «hasta no tener otra fuerza que protegiese el orden y la seguridad del país» y ese congreso, el 29 de mayo, lo había nombrado diputado para informar a Artigas de lo ocurrido.[8]

4 CNAA, Montevideo, Monteverde, 1987, tomo XXI, pp. 22-23.

5 Ibídem, p. 23. En iguales términos se dirigió al presidente y junta electoral del pueblo de Montevideo (CNAA, tomo XXIII, ob. cit., p. 89).

6 CNAA, tomo XXIII, ob. cit., p. 30. La elección se realizó el 26 de mayo.

7 Ibídem, pp. 90-91. Véase el documento completo en el anexo de este libro.

8 Raúl Montero Bustamante, «Manuscritos del presbítero don José Benito Lamas», en *Revista Histórica de la Universidad*, año I, n.° 3, Montevideo, setiembre 1908, pp. 843-861, p. 848.

Estaba en juego el rumbo de la revolución. En lo interno, se trataba de una pulseada por el control de la provincia; en lo regional, la concreción de la buscada confederación de pueblos libres.

El creciente peso de Artigas y la radicalización de su convocatoria social aumentaron las resistencias de parte de las élites criollas. La decisión de renunciar buscaba forzar una definición en su favor, aun de aquellos que solamente lo veían como un «brazo fuerte» para contener la «anarquía» y los desbordes de las fuerzas en armas. De acuerdo al registro de Larrañaga, las conversaciones se realizaron en Paysandú entre el 12 y el 14 de junio.

Al cumplir su misión, los diputados escribieron al cabildo montevideano exhortando a dar cumplimiento a cuanto dispusiera Artigas. En la sesión del 20 de junio, el acta del cabildo consigna la lectura de esa comunicación y de un oficio del Jefe de los Orientales. Artigas mantenía el tono recriminatorio: «Viendo retrasado el cumplimiento de mis órdenes cerca de un mes y medio, permítame vuestra señoría que le diga que si el resultado era obedecerlas, yo esperaba verlo de manifiesto precisamente en el hecho de cumplirlas, más que por el órgano de la diputación».[9] Tras garantizar que la ciudad no iba a quedar desguarnecida, Artigas reiteraba la necesidad de contar con tropas en la frontera para evitar un nuevo avance portugués, ordenaba el cierre del puerto para la salida de las familias que deseaban abandonar la ciudad, pudiéndolo hacer «únicamente» con rumbo a la campaña oriental o la de Entre Ríos, disponía la devolución «con toda exactitud» de la contribución tomada al vecindario y, respecto a las acusaciones contra los cabildantes, ordenaba que se realizara una investigación para el esclarecimiento de los hechos. Esta vez, el cumplimiento de las órdenes fue inmediato. El 25 de junio, cuando ya estaban próximos a Montevideo, Larrañaga anotó en su diario la partida de las tropas de Otorgués. Las funciones de gobernador intendente quedaron en manos del cabildo, incorporándose a fines de agosto la figura de un delegado de Artigas que sirviera de nexo entre ambas autoridades.

9 Ibídem, pp. 94-96. El oficio está fechado el 13 de junio. Véase el documento completo en el anexo de este libro.

Una vez culminadas las gestiones con la comitiva montevideana, Artigas presentó su propuesta a los delegados del Directorio, Blas José Pico y Bruno Francisco de Rivarola.[10] Retomaba los planteos de 1813 para formar un estado basado en la alianza ofensiva y defensiva de provincias iguales en dignidad, privilegios y derechos. El acuerdo incluía también a los pueblos y provincias desde la margen oriental del río Paraná, así como a Santa Fe y Córdoba, «hasta que voluntariamente no gusten separarse de la protección de la Provincia Oriental y dirección del Jefe de los Orientales».[11] La respuesta de los comisionados se limitó a aceptar la independencia de la Provincia Oriental, dejando en libertad a las provincias de Entre Ríos y Corrientes para decidir a qué gobierno se someterían.[12] Nada se decía de los territorios en la margen occidental del río Paraná, por lo que la negociación fracasó y los comisionados retornaron a Buenos Aires.

El congreso de los pueblos de la Liga, reunido en Concepción del Uruguay a fines de junio, no pudo avanzar en la institucionalización de la confederación como estaba previsto. El foco de atención se puso en las relaciones con el Directorio, en tanto el objetivo no era la separación del resto de las provincias, sino la edificación de una nueva unidad política en el antiguo virreinato del Río de la Plata que respetara las soberanías provinciales. El congreso resolvió enviar una delegación a Buenos Aires, que tampoco pudo arribar a un acuerdo.

En pocos meses había variado la correlación de fuerzas. Entre las posibles explicaciones del fortalecimiento de la posición del Directorio se cuenta la desaparición del peligro de la expedición militar española, al saberse que se había dirigido hacia la capitanía general de Venezuela. Además de ese hecho puntual, debe tenerse presente que la interpretación radical de la soberanía de los pueblos y los planteos en favor de los «más infelices» que impulsaba el artiguismo generaban fricciones con las elites provinciales que, a su vez, eran objeto de acciones militares o misiones negociadoras enviadas por el gobierno de las Provincias Unidas.

10 Rivarola, natural y vecino de Buenos Aires con tierras en la Provincia Oriental había sido uno de los diputados orientales —por Santo Domingo Soriano— no admitidos en la Asamblea del Año XIII en Buenos Aires. Véase Ana Frega, *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista*, 2ª ed., Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011.

11 CNAA, Montevideo, Monteverde, 1994, tomo XXVIII, pp. 231-233. Véase el documento completo en el anexo de este libro.

12 Ibídem, pp. 233-235. Véase el documento completo en el anexo de este libro.

Apuntes sobre el diario de viaje

A lo largo de los días que duró la travesía, el relato presenta anotaciones que abordan múltiples temas —costumbres y usos del país, geografía y paisaje, formas de producción e intercambio, medios de transporte y comunicaciones, consecuencias de la guerra, proyectos políticos de la revolución, rumores y noticias, métodos de la historia natural, entre muchos otros— que admiten distintos trayectos de lectura e interpretación. Estas líneas no procuran un análisis detallado, sino más bien presentar algunas notas sobre las formas de abordar los temas por el autor.

Larrañaga deja pistas de que la narración ha sido revisada o retocada con posterioridad al regreso. Un ejemplo es el comentario sobre la actitud de Artigas con los militares alvearistas «remitidos con una barra de grillos a la disposición de nuestro general», indicando que tenía pensado devolverlos «como después se ha verificado». A su vez, como otras narraciones de viajes, parece haber sido escrito para su divulgación, a diferencia de otro tipo de diarios volcados a lo íntimo. Las descripciones de las poblaciones por las que pasa hasta llegar a Paysandú y de regreso a Montevideo o los retratos de las figuras relevantes de la revolución con las que se encuentra —además de la conocida descripción de Artigas, están las de Fructuoso Rivera y Miguel Barreiro— recuerdan otros diarios de viajeros que ilustran sobre las condiciones políticas, sociales, económicas o culturales de los lugares que recorren en vistas a posibles proyectos de organización futura. En algunos pasajes interpela directamente a un hipotético destinatario: «el lector habrá observado», escribe el 4 de junio, al resaltar las múltiples utilidades de los cueros vacunos en el territorio.

El relato da cuenta de sus observaciones, recolección de muestras y también de su «mortificación» o su «impaciencia» cuando la premura por cumplir la misión le impedía «bajar al río para observarlo de más cerca», cuando «quizás jamás» tendría otra oportunidad (11 de junio). Dialoga con otros textos de su autoría, más centrados en sus inquietudes y su labor científica, como el *Diario de Historia Natural*. En ese sentido, se aplican aquí conceptos planteados por Ariadna Islas en el prólogo a la reciente edición de la primera parte del referido *Diario* que cubre los años 1808 y 1814, respecto a la importancia de las ciencias naturales, las expediciones de observación y registro de especies y un método de investigación que articula la observación y la experiencia

con la lectura crítica de otros autores para la construcción de conocimiento.[13] Además, Larrañaga se preocupa por registrar experiencias, tradiciones y saberes populares, que incorpora a sus lecturas y observaciones propias: «así siempre suscitaba conversaciones útiles y les oía con respeto», anotaba el 10 de junio. Justificaba esta práctica de «conversar con nuestras gentes» porque sabía «que más descubrimientos se deben a la casualidad, mejor diré a la práctica que a los vanos y estériles sistemas de la filosofía».

La lectura de este diario de viaje nos devuelve la vivencia de la simultaneidad de acontecimientos en distintas escalas espaciales, como las referencias a la toma del pueblo misionero de Candelaria por Andresito o las victorias de José Rondeau en el Alto Perú. También, las páginas recogen los temores de los hombres y mujeres de la campaña oriental sobre el futuro inmediato y los caminos de la revolución. Un ejemplo es la preocupación de Larrañaga por alertar a los vecinos frente a los rumores esparcidos por un comerciante inglés en el sentido de la proximidad de la expedición española, para de esa forma lograr que malbarataran su producción (9 de junio).

En su recorrida por la campaña, Larrañaga confirma diagnósticos y propuestas para el mejoramiento de la producción y la riqueza de la provincia. En más de una oportunidad afirma la necesidad de repartir suertes de chacra en las cercanías de los pueblos o cuestiona a «individuos poderosos» que se han apropiado de tierras que tienen «enteramente despobladas», como le hicieron saber los vecinos de Víboras (20 de junio), en sintonía con el pensamiento agrario ilustrado español. A su vez, su concepción republicana remitía al patriotismo y la virtud cívica como garantía para la libertad. El retrato de Artigas apunta a resaltar su sencillez —«en nada parecía un general»—, su moderación —«nuestro héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado»— y su capacidad de liderazgo —«Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quién le iguale en el arte de manejarlos»—. La visión de la revolución que tiene Larrañaga no es radical sino moderada. Su proyecto podría inscribirse en una vía para la «modernización» política, el crecimiento económico y la estabilidad del «orden social» en la Provincia Oriental.

En suma, el diario de viaje a Paysandú muestra un proceso de descubrimiento y afirmación de identidades, de intercambios y enfrentamientos, de delimitación de un espacio común en un momento histórico lleno de incertidumbres y de posibilidades.

Ana Frega

13 Ariadna Islas, «Prólogo», *Diario de Historia Natural, 1808-1814*, Montevideo, Biblioteca Artigas, Ministerio de Educación y Cultura, 2015, pp. xii-xvi.

Diario del Viage desde Montevideo al Pueblo de ~~Mercedes~~ Paysandú

Mayo 31.
Horas a la una menos diez salimos de la Casa capitular en un buen coche
tirado p.r dos mulas y un cinchero de acaballo, escoltados de ocho hombres
con un sargento, ~~y nuestra primer~~ los 4 Diputados p.r el Señor Gobernador Yn-
tendente el Sor. Dr. Fernando Otorgues; por el excelentisimo Ayuntamiento D. Mig.l Plá
el Señor Regidor de Menores D. Anzolin Reyna asociado conmigo el Cura
Vicario y p.r la Asamblea el R. P. Lector de Visperas Fr. José Lamas.
Los equipages los llevaba una carretilla
Nuestra primer jornada fue a la ~~Cha~~ Quinta de dicho Señor Regidor
adonde llegamos á las dos menos diez, en donde comimos, y tomamos un
tiempito p.a los pies, que de ~~[illegible]~~ [illegible] llevabamos abrigados, y hace mucho
A las tres menos diez salimos, y pasamos p.r el paso del Molino, que llevaba p.te se
tan poca agua que apenas a las rodillas de las mulas. El paso es bueno la comodidad.
pero tiene mala baxada que podia remediar con cien pesos muy facilmente.
Este arroyo se pone muy frequentem.te á nado, y se ha proyectado un puente en
el Paso de las Duranas, que en el dia casi esta abandonado, p.r el mucho
lodo, ~~y a p.t el mas frequentado en paso~~ y otros inconvenientes originados de
de una quinta que han puesto en el mismo paso. El puente debe construirse
sobre el paso chico, pues en parte se estrecha, y tienen buenos cimi-
entos y aun materiales p.a de construccion en la misma piedra
que esta del otro; y assi mi juicio con dos mil pesos habra bastan-
te. Es esta obra es de suma importancia, pues muchas de las huertas
que abastecen a la Ciudad estan del otro lado, y con este motivo
no hay año que haya desgracias, ó que á lo menos la plaza no
carezca de buen abasto.

A las quatro menos diez llegamos á lo de Ortiz; y antes de pasar el
arroyo de las Piedras tuvimos el contratiempo de haberse roto el
el exe de la Carretilla de los equipages. Como no trahiamos otro de
repuesto nos hallamos en un apuro bastante regular, pues la noche
se acercaba, y ~~no teniamos~~ el Pueblo mas inmediato era el que
llaman de las Piedras, que es extremo infeliz, apesar de ~~su~~ su muy bu-
ena situacion. Todo en el despide; y preferimos dexar la ~~c~~ carre-
tilla y equipages y andar de noche por alcanzar á la Villa de Ca-
nelones. ~~que~~ Este Pueblo tiene su nombre p.r unas rocas de granito rojo
que estan en el Paso del arroyo, ~~y que~~ que es bueno y fondo de are-
na gruesa y llevaba poca agua. Es memorable en la historia de
nuestra revolucion, pues en ~~el~~ 18 de Mayo de 1811 el Señor General
~~Don~~ D. Jose Artigas consiguio una Victoria de las mas completas
que ha tenido la Patria.

Llegamos al arroyo del Colorado, cuyas barrancas son de tosca colora-
da, que parece ser arcilla endurecida, ferruginosa, y segun un ligero en-
sayo que hice tiene granos de selenita. Estas toscas le dan el nombre á
este arroyo, que lleva muy poca agua y el paso es de arena. Hasta aqui
el camino ~~es~~ dexa cardales á la derecha principalm.te Estas plantas

1815. Viage a Paisandú

Compendio de manuscritos originales
26 fojas, papel de tejido con filigrana del molino V. Barcelo (España, desde 1811),
tinta ferrogálica amarronada, 305 mm x 208 mm
Tiene una carátula de puño y letra de Andrés Lamas: que dice
«Larrañaga. Viaje de Montevideo à Paysandú en 1815,
con motivo de una comunicación cerca del Gral. Artigas (ordenado y numerado)»,
y en el título del documento, Lamas tachó la palabra Mercedes y agregó «Paysandú».
Una foja es de menor tamaño, sobreescrita en una cubierta de sobre que dice
«Al Sor Dn Antolin Reyna, Diputado de Montevideo en Sandu»
Archivo General de la Nación (AGN), Fondo ex Archivo
y Museo Histórico Nacional (EX-MHN), Caja 195, carpeta 2
Conservación: buena

Diario del viaje desde Montevideo al pueblo de Mercedes[1]

31 de mayo

12 ¾ horas. A la una menos diez salimos de la casa capitular en un buen coche tirado por dos mulas y un cinchero de a caballo, escoltados de ocho hombres con un sargento y los cuatro diputados por el señor gobernador intendente señor don Fernando Otorgués, don Miguel Pisani, por el excelentísimo Ayuntamiento, el señor Regidor de Menores don Antolín Reyna, asociado conmigo el cura y vicario, y por la Asamblea, el reverendo padre lector de vísperas, fray José Lamas.

Los equipajes los llevaba una carretilla.

1 ¾. Nuestra primera jornada fue a la quinta de dicho señor regidor, a donde llegamos a las dos menos diez, en donde comimos y tomamos un felpudo para los pies, que es de suma utilidad para llevarlos abrigados y hace mucha parte de la comodidad.

2 ¾. A las tres menos diez, salimos y pasamos por el paso del Molino, que llevaba tan poca agua que apenas llegaba a las rodillas de las mulas. El paso es bueno, pero tiene mala bajada que podía remediar con cien pesos muy fácilmente. Este arroyo se pone muy frecuentemente a nado, y se ha proyectado un puente en el paso de las Duranas, que en el día casi está abandonado, por el mucho lodo, y otros inconvenientes originados en una quinta que han puesto en el mismo paso. El puente debe construirse sobre el paso chico, pues en parte se estrecha, y tiene buenos cimientos y aun materiales para su construcción en la misma pizarra que está del otro lado; y a mi juicio con dos mil pesos habrá bastante. Es esta obra de suma importancia, pues muchas de las huertas que abastecen a la ciudad están del otro lado, y con este motivo no hay año que no haya desgracias, o que a lo menos la plaza no carezca de buen surtido.

1 Para la transcipción del manuscrito se tomó la versión publicada en el tomo XXIII del Archivo Artigas y se la contrastó con el original. Se actualizó la ortografía y se desplegaron las abreviaturas.

3 ¾. A las cuatro menos diez llegamos a lo de Ortiz; y antes de pasar el arroyo de las Piedras tuvimos el contratiempo de haberse roto el eje de la carretilla de los equipajes. Como no traíamos otro de repuesto nos hallamos en un apuro bastante regular; pues la noche se acercaba, y el pueblo más inmediato era el que llaman de las Piedras, que es en extremo infeliz a pesar de su muy buena situación. Todo en él despide; y preferimos dejar la carretilla y los equipajes y andar de noche para alcanzar a la villa de Canelones. Este pueblo tiene su nombre por unas rocas de granito rojo que están en el paso del arroyo, que es bueno y de fondo de arena gruesa y llevaba poca agua. Es memorable en la historia de nuestra revolución, pues en 18 de mayo de 1811 el señor general don José Gervasio Artigas consiguió una victoria de las más completas que ha tenido la patria.

5 ¼. Llegamos al arroyo del Colorado, cuyas barrancas son de tosca colorada; que parece ser arcilla endurecida, ferruginosa, y según un ligero ensayo que hice tiene granos de selenita. Estas toscas le dan el nombre a este arroyo que lleva muy poca agua y el paso es de arena. Hasta aquí el camino deja cardales a la derecha principalmente. Estas plantas que cubren grandes porciones de estos campos son originarias de Europa, que provienen de los alcauciles, que por falta de cultivo se hacen silvestres y se erizan de largas espinas. La falta de árboles en estas inmediaciones hace que se recurra a ellas para el fuego: los horneros de ladrillo hacen mucho uso de esta planta.

Algunas otras plantas apreciables encontramos que vestían y hermoseaban el campo no obstante que ya apuraban los fríos: entre ellas la *Oxalide* o macachines, cuyas raíces producen unas batatillas muy tiernas y de un gusto exquisito; pero a más de este beneficio, creo que se pueden sacar otras ventajas de las túnicas de que se componen y son de un vellón muy fino, como si fuera seda, que cuando no dan un hilo fuerte y consistente podrá servir para pasta de sombreros. No he visto hasta ahora que se haga otro uso que aplicarlas para hacer yesca, metiéndolas en lejía o en agua nitrada.

6 ½. Llegamos al arroyo de las Brujas, nombre cuya etimología ignoro. Aquí, entrada la noche, no solo fuimos privados del hermoso espectáculo de la naturaleza y de la fragancia de sus flores, sino en su lugar empezamos a experimentar un olor pestilente e intolerable de ciertos animalillos nocturnos, conocidos con el nombre de hediondos o zorrillos y que deben colocarse en la familia Viberra de Linneo.

A las ocho menos diez llegamos a la villa de Canelones (que tiene su nombre de unos árboles así nombrados, y que debe colocarse en el la Caballería de la F. P. como una nueva especie) que está al nornoroeste de Montevideo a distancia de nueve leguas y cinco de las Piedras: es uno de los mejores pueblos de esta campaña; tendrá unos ciento cincuenta vecinos; las calles están a cordel, divididas en cuadras o manzanas de cien varas. Las casas serán como una tercera parte de azoteas; las restantes tienen los techo de la paja, de una grama que forma una especie nueva a quien he puesto el nombre de *Paspalum tectorium*; pero las paredes son de adobe enlucidas y blanqueadas por dentro. Tiene un cabildo completo, y un comandante con una pequeña guarnición que en el día es un sargento, todos dependientes del gobernador político y militar de Montevideo. Tiene una parroquia con un cura vicario y juez eclesiástico, que poco hace extendía su jurisdicción hasta la frontera portuguesa, pero que en el día tiene su territorio ceñido a una zona de seis leguas contadas desde las Brujas hasta Santa Lucía norte-sur y este-oeste desde el Río de la Plata hasta la costa del mar. No hay sino una sola iglesia que es la parroquial, muy pobre, y como de dieciséis varas de largo, de las que la tercera parte es de azotea y el resto de la dicha paja. El altar principal tiene un pequeño retablo, de un malísimo gusto; el sagrario está colocado en un zócalo o pedestal (pues es una cosa indefinible) de un dorado viejísimo, todo él cubierto de talla o de un relieve confuso y tan cargado que casi no se distingue el campo; este cuerpo termina en un nicho que está colocada la titular bajo el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe; lo mejor de todo es la Dolorosa que hay en otro altar de una buena escultura. Las demás efigies son indecentes y debían quemarse principalmente un San José de la sacristía y un crucifijo aún mucho peor. Este pueblo ha recibido incremento en su población y edificios durante los últimos sitios de la plaza, por haber destruido todos los edificios de los propios y ejido de la capital, y transportados las maderas, puertas, ventanas y rejas de dichas casas, con las que se han edificado aquí otras muchas. No tiene sino fábrica de jabón, aunque antes tenía algunos saladeros. Las Piedras ha conseguido tener una fábrica de suelas, que sería muy conveniente multiplicar en estos pueblos, en donde hay ya alguna arboleda y cortezas propias para tenerías, como son el sauce, una especie nueva de *Salix*, el molle, una especie nueva de *Schinus*, el guayabo; una especie nueva de *Myrtus*, etc. Creo que contribuiría muy mucho al fomento de esta villa, si las tierras que están sobre el arroyo de uno y otro lado despobladas se repartiesen en suertes de chácaras de quinientas varas de largo y doscientas de frente, que tendrían las ventajas de la leña y agua inmediata, y no que las han ido a colocar en un lugar árido y pobre en la entrada del pueblo tan distante del arroyo; y en este país lo mejor son las tierras bajas y frescas.

1.º de junio

A las dos de la mañana llegó una carreta con los equipajes y las carretillas dentro. Luego que nos levantamos fue nuestro primer cuidar habilitarnos de un eje, el que para las once de la mañana estaba concluido, y nos dispusimos a marchar. Pero estando en este estado, tuvimos la desagradable noticia que dos indios tapes hermanos que cuidaban de las mulas, y que habían ido a los Cerrillos por otro más, sin duda ebrios se pelearon y uno de ellos cosió al otro a puñaladas, y últimamente ciego y olvidado hasta de los más íntimos sentimientos de la sangre, lo degolló, dejándolo tendido en el campo. Por la mañana vinieron ambos a la villa, el uno para darle sepultura en el cementerio, y el otro para asegurarlo en la cárcel, desde donde fue remitido a la ciudad. Creo que muchas desgracias se podrán evitar, si podemos huir de los pueblos, pues he advertido que en ellos su principal negocio es el de las bebidas espirituosas, de modo que son muy pocas las casas de fiesta en que no se haga este tráfico; abuso que las autoridades debían remediar, a lo menos con la imposición de un fuerte derecho, pues así serían pocos los que podrían excederse y contraer un vicio tan detestable en todos respectos así políticos como cristianos.

11 ¾. Salimos de esta villa después de habernos desayunado con una buena fuente de huevos fritos con tomates y su buen trago de vino, siendo nuestro mesón una pulpería, pues en estos países no hay otras posadas fuera de estas casas, que sirven de todo. Últimamente nos despedimos del señor cura y vicario, doctor Gomensoro, en donde pasé la noche, y de la honrada familia de don Sebastián Rivero en donde se alojaron los demás compañeros, y de quienes recibimos mil obsequios, y por nuestra parte hicimos lo posible para manifestar nuestra gratitud.

12 horas. A las doce llegamos a Canelón Chico, que distará una milla del pueblo. Está regularmente provisto de árboles, aunque los más están ya muy talados, y no producen sino ramazón para cercos de los sembrados y para ellos usan comúnmente el tala, una nueva especie de *Celtis spinosa*.

12 ¾. A las doce y tres cuartos llegamos al Canelón Grande, que distará una legua de la villa; tiene la misma arboleda y su paso es también de arena como el anterior: ambos llevaban tan poca agua que no subía a las rodillas de los caballos. Después de una milla del camino encontramos con un arenal de unas doscientas varas de largo, lo que es muy extraño en estos campos, a distancia de los ríos o arroyos, y mucho más lo fue para mí, después que había observado que desde el Colorado no se encuentran rocas, ni piedras, hasta aquel punto.

A las 2 de la tarde. Llegamos al pueblo villa de San Juan Bautista, en donde tuvimos que demorarnos por estar el río de Santa Lucía a nado, y no haber auxilios para vadearlo. Esta villa dista de la de Canelones dos leguas al noroeste. Fue fundada mucho después de aquella por don Eusebio Vidal. Sus primeros pobladores fueron unas familias que vinieron de Europa con destino de hacer poblaciones en la costa de Patagones, Río Negro y Puerto Deseado, que al poco tiempo fueron abandonadas, por ser esta costa muy tan estéril que ni leña tenían con que tolerar un clima tan frío y desagradable. No obstante, creo que si los pobladores no fueran tan desidiosos, como después lo han manifestado, hubieran progresado estos pueblos. Ello es que en esta costa se produce muy buen trigo, y el ganado vacuno se propaga y multiplica tanto o mejor que aquí, como sucede en las Malvinas, que están aún más al sur. El trigo, el ganado y la pesca de ballena y lobos marinos (*Phoca Linnei*) pudieron no solo mantener estas poblaciones, sino enriquecer a sus colonos.

Esta villa tendrá unos sesenta vecinos; tiene un cabildo y el comandante en los mismos términos que el pueblo anterior. Sus calles están también a cordel, y no son tan lodosas porque su terreno es algo arenoso. Hay muy pocas casas de azotea, las más son con techo de paja; pero la iglesia y el cabildo son de tejado y mejores que los de Canelones, aunque ya amenazan ruina, principalmente el pórtico de la iglesia. Esta tendrá unas doce varas de largo; tiene dos altares. En el mayor está colocado el patrón San Juan Bautista, que era tan pequeño, que desde el medio de la iglesia no podía distinguirlo. Su retablo es más tolerable que el de Canelones, aunque no hay que pensar en gusto, ni arquitectura. El otro es de Jesús Crucificado, que inspira tan poca devoción como el San José de la sacristía de Canelones, y parecen ser ambos de una misma mano. Hay en esta iglesia un solo sacerdote, que antes tenía renta por el Estado con la obligación de decir misa a los pobladores, quienes también tenían la asignación de un real diario por cabeza, y atenidos a esto no cuidaban de trabajar, sino en multiplicarse. Pero antes de la revolución había cesado esta gratificación, y el capellán

no tiene otros emolumentos que aquellos que le cede el cura de Canelones, como un ayudante en la administración de sacramentos.

Lo que llegamos al pueblo fue nuestra primera diligencia pasar a ver al comandante. Este nos hizo entrar a su casa y nos recibió con tanto agrado y miramiento que me avergonzó recibiéndonos con una música regular de dos violines, tambora y triángulo, tocados por cuatro indios de Misiones. Después de recibido este obsequio, le dijimos que nosotros deseábamos pasar la noche en la villa, y que no queriendo pensionar al vecindario, sería mejor que nos destinase algunas de las casas que estuviesen abandonadas a causa de la emigración durante los sitios de la plaza, y en donde estaríamos a más satisfacción. Habiendo oído nuestra súplica nos dirigió a una casa que hace esquina en la plaza, que aunque de azotea estaba muy húmeda y se llovía en la pieza principal, pero nos acomodamos en otra que en otro tiempo fue pulpería, y aunque llena de ratas estaba seca. Nos proporcionó cuatro sillas, una mesa y cuatro catres de cuero en donde tendimos nuestras camas y pasamos la noche con algún sosiego.

Uno de nuestros compañeros, el señor regidor de menores, tuvo la bondad de cuidar de que se nos proporcionase una buena cena, pues en todo el día no habíamos comido otra cosa que la fritada de Canelones. Su señoría lo desempeñó tan bien que no faltaron buenos pollos asados y guisados con el mayor primor, buen caldo, hervido, pan, vino y café con cubiertos de plata. Para los peones y escolta se hizo carnear una res, y así nada faltó, no solo de lo necesario, sino aun del regalo.


XXII

Zenaida auriculata

Nombre común: torcaza, s/d
Dibujo de torcaza sobre rama con hojas.
Papel de tejidos, carbonilla, color verde, azul, tinta china ferrogálica
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
230 mm x 170 mm
Conservación: estable

2 de junio

Nos levantamos temprano, y desayunamos con una buena tortilla de huevos. Fue nuestro primer cuidado preguntar al comandante si ya habían venido los botes para vadear el río que aún estaba a nado; y como se nos dijese que aún no habían llegado, se dio orden de que se llevasen al paso unas cuarterolas para pasar el coche, pues nosotros pasaríamos en el bote de cuero.

9 1/2. Estando todo pronto bajamos al río a las nueve y media y allí supimos que el bote de cueros estaba lleno de agujeros y podrido por no haber tenido cuidado de sacarlo del agua y secarlo. Pero tal era el deseo de desempeñar nuestra comisión cuanto antes, que nos resolvimos a pasar dentro del mismo coche sostenido por cuatro pipas. Un vizcaíno viejo botero antiguo en este paso, y muy práctico en estas maniobras, acomodó para ello dos cuarterolas, una en cada estribo, y una pipa en la delantera y otra en la zaga, y nos aseguró que eran bastantes no solo para el coche que era muy pesado, sino para todos nosotros y aun muchos más dentro de él.

11 1/2. A Esta hora todo estaba dispuesto; yo estuve muy divertido viendo la habilidad de nuestros paisanos, que miraban estos peligros y el paso del río como una diversión para ellos. Unos se desnudaron y montaron a caballo ya sin recado, y se arrojarron al río para probar el lugar en que había menos agua; lo pasaron y repasaron varias veces; pero advertía, que así que nadaba el caballo se arrojaban al agua del lado opuesto a la corriente, y agarrándose de la clin lo gobernaban dándole de palpamadas en la cabeza para que se volviesen hacia ellos y no se dejasen arrebatar del agua. Otros entre tanto con cueros hicieron pelotas con el pelo para dentro, formando unos cuatro picos recogidos con huascas y dejando plano el fondo, las cargaron de los fusiles y recados, y demás ropa y por medio de una cuerda las tiraban o bien por los caballos o bien por ellos mismos a nado, a pesar de la mucha corriente. Otros que tenían confianza en sus caballos se arrojaban al agua con silla y vestidos llevando el fusil levantado y pasaban muy fácilmente mojándose solamente los calzadores. Uno de los que hicieron esto fue el sargento. Nosotros que veíamos esto tomamos

confianza y nos resolvimos a pasar. Para ello ataron dos lazos largos a la cola de dos caballos, y prendiéndolos al coche tiraban por él como lo hicieran las mulas a la cincha. Este fue para mí y para cualquier otro observador del mundo antiguo un espectáculo tan extraño que creo no se practica sino en América, en donde la falta de recurso hace descubrimientos cuya práctica será utilísima aun en la misma Europa cuando urge muchas veces vadear los ríos sin puentes en retiradas apuradas o sorpresas del enemigo. Bien que siempre se le echaría de menos la destreza de nuestra gente en el caballo. En fin, nosotros pasamos sin la menor desgracia todos, y solamente la carretilla por haber faltado una pipa se hundió la culata y con este motivo se mojó mucha parte de nuestros equipajes. La culpa de esto la tuvo un negro que quiso pasar agarrado de una de ellas y haciendo esfuerzos la desprendió; pero los otros se embarcaron en las pelotas y pasaron perfectísimamente.

1 de la tarde. A la una caminamos porque fue preciso demorarnos un poco para secar la ropa y algunos papeles que se mojaron con nuestros equipajes.

2. A las dos de la tarde llegamos a la estancia de Cardoso con el fin de mudar caballos y mulas. Yo deseaba reconocer unos árboles que desde lejos me parecían frutales, cosa que creía extraña, pues había advertido que ni aun en las chácaras de Santa Lucía se encontraban, y había mucho descuido en esta parte, ceñida toda su agricultura al trigo, maíz y zapallos; pero así que llegamos conocí que era un bosque de talas corpulentos. De aquí salimos a las tres con destino a Cagancha. Todo este camino es llano, y tan abundante de pastos, que así que nos ladeamos un poco nos parecía que íbamos sobre un colchón de heno: tanta es la grama de que están cubiertos estos campos, principalmente en el día en que no hay aquellas manadas de caballos y ganados que en otro tiempo había. Este camino está enteramente despoblado, pero a una distancia hacia la derecha se dejaban ver muchas poblaciones.

5 ½. A las cinco y media llegamos a Cagancha. Este arroyo entra en San José no tiene arboleda y su paso es pantanoso y hondo, de modo que fue preciso para salir poner tres tiros de caballo más. La casa en donde nos alojamos era del comisionado Nieva. Esta campaña, a más de los cabildos que hay en los pueblos, tiene jueces comisionados en cada partido o distrito en que está dividida. Son nombrados, no por los cabildos inmediatos, sino por el Excelentísimo Cabildo de Montevideo en consorcio de su presidente que es su gobernador. La elección

recae sobre algún vecino del mismo partido; y puede hacer sumarios, aprehender los delincuentes auxiliado de los mismos vecinos, y transar algunas pequeñas diferencias que entre ellos se suscitan.

La casa de este vecino comisionado estaba reducida a un rancho de paja enlucido y blanqueado por dentro con un pequeño repartimiento para su familia, acomodándonos nosotros en la salita que sería de unas cinco varas. No tuvimos otros catres que un cuero sobre el suelo en donde tendimos nuestros colchones. Cenamos a las ocho y media buenos patos y pollos bien sazonados, caldo y hervido; no faltó pan, manteles ni cucharas de hierro estañadas, platos de loza y jarros de lo mismo. Nosotros pusimos el vino y así nada nos faltó. Para los peones y escolta se mató una res, y comieron sus asados y churrascos, que son unas tiras largas de carne tiradas sobre las brasas, sin más condimento, ni sal. Esto suele ser su comida ordinaria.

3 de junio

Al ser de día nos levantamos, tomamos nuestro mate con azúcar que llevábamos, y pasé a informarme y observar algo, pues habiendo llegado casi de noche no tuve tiempo sino para concluir el oficio divino. Yo observé que tenía esta casa a más de la habitación en que dormimos, su cocina y otros galpones de paja, pero en mucha parte arruinados, y que nuestra gente había preferido dormir afuera con un gran fogón de leña en donde estaban ya tomando su té del Paraguay y sus asados. Un poco distante de la casa, en lugar bien ventilado, encontré unas pieles enteras de buey abiertas por el lomo, y sostenidas de cuatro postes llenas de trigo, y que en este país llaman noques. Se escoge para esto a uno de los bueyes más corpulentos, y como los de este país, lejos de haber degenerado esta raza europea como quiere el sistemático Buffon, han mejorado tanto y adquieren un volumen tan extraordinario, que en dos pieles de estas, frescas y estiradas con el mismo peso del trigo caben sobre treinta y tres fanegas de este grano. Yo creo que después de lo mucho que se ha discurrido en Europa sobre la conservación de los granos, nada hay que le iguale a nuestros noques, que conservan el trigo, sin humedad y sin gorgojo.

Nuestro regidor, el caballero Reyna, que estaba sumamente impaciente por llegar, hizo levantar nuestra gente para que sacasen las mulas y caballos del corral, y saliesen a pastar un poco, pues en estos países, no se acostumbran pesebres, ni se

destinan otros granos para las bestias que los que la fecunda naturaleza produce espontáneamente en ellos. Todo estaba pronto a las siete y media, y hechos los cumplidos de este estilo a estos buenos vecinos que a pesar de que han padecido en todo, siempre nos recibían y trataban con el mayor obsequio y generosidad, salimos para la villa de San José por un camino llano abundantísimo de prados naturales y sin ningún estorbo ni arroyo hasta el de Carreta Quemada, que su paso dista como dos millas del pueblo. Este es bueno para carruaje, y aunque un poco hondo apenas llegaba al encuentro de los caballos. Del otro lado ya nos esperaban algunos vecinos con auxilio de cincheros; y así llegamos pronto al paso del río de San José que tendría la misma agua que el anterior, y su fondo era arenisco. Este río como el arroyo de Carreta Quemada está provisto de arboleda y los sauces eran los que más descollaban entre todos, pues ya quedan muy pocos talas corpulentos en estas cercanías.

10. A las diez de la mañana llegamos a la villa de San José, que dista al norte del paso una milla, y se sube hasta el pueblo, por estar este en una altura o colina, y presentaba una buena vista desde lejos. Desde luego advertí que sus edificios e iglesias eran sin duda mucho mejores que los de los pueblos anteriores, y que puede ya en el día competir en población. No hay sino una iglesia que es la parroquial; es de bóveda y recién construida; tendrá de largo unas veinticinco varas; es elevada, pero le falta aún el campanario, teniendo colgadas de la fachada unas tres campanas medianas; tiene estribos a los lados para mayor seguridad de la bóveda. La fachada carece de pórtico y no tiene orden alguno, sino unas muy malas pilastras. Las puertas eran provisionales hechas de tablas toscas clavadas. El altar mayor carece de retablo y no tiene sino una mesa de ladrillo, vestida de yeso al estilo de las de Montevideo. El titular que es San José está en un nicho dentro de la pared: su efigie es regular, lo mismo que una Dolorosa pequeñita que hay en el otro altar.

Paramos en la casa del cura, en donde su teniente y condiscípulo don Juan Francisco Larrobla, por ausencia del cura, nos recibió y tenía ya el almuerzo pronto de té con leche y unos pollos asados, los que unidos a una buena fritada de huevos y chorizos que ya en otra parte tenía dispuesto nuestro regidor con buen pan y vino nos sirvió de comida hasta la noche.

12. A esta hora llegaría el cura, el doctor Peña, y quiso acompañarme para que observase el pueblo principalmente las muchas casas que estaban haciendo recientemente, pero con el sentimiento, de que estas se construían en los extremos del pueblo a la banda del río, y quedaba aún despoblada la plaza e

inmediaciones de la iglesia por haber caído estos terrenos en vecinos pobres, o que teniendo posesiones afuera, no cuidaban de edificar. Igual queja había oído al cura anterior; y ciertamente debía esto remediarse, pues estas reparticiones, como todas se dan en América con la obligación de poblarlas. Hay en esta plaza mirando al este, la parroquia y una pequeña casa capitular, perteneciente al medio cabildo que hay en este pueblo. El cura tiene una casa mirando al norte, con otros ranchos contiguos; todo lo demás está despoblado. Las calles tienen mucho lodo, el mismo orden que los pueblos anteriores. Hay también, como en estos, un comandante, capitán de las tropas de la patria, que protege mucho a este pueblo que será siempre memorable por haberse ganado en ella la primera victoria al mando de don Manuel Artigas y Benavídez.

1 de la tarde. A la una salimos después de mil demostraciones de gratitud por el agasajo y auxilio que recibimos para nuestro viaje. Habíamos antes hecho provisión de pan, yerba, vinagre, ají y un queso, pues no pudimos encontrar más, ni mucho menos manteca de vaca, y aun la leche para el té se encontraba con dificultad, según me lo aseguró el teniente cura, porque con la guerra civil de la campaña, no se encuentra una vaca, y apenas hay los bueyes precisos para arar. Todo el camino de esta tarde fue costeando el río San José, y tiene muchas chácaras, y algunas eran de azotea. A las dos leguas encontramos el arroyo de Jesús María, y poco después varias otras cañadas, todas ellas pantanosas. A tres leguas más adelante se halla un arroyo que llaman del Sauce; tiene arboleda, y aunque pequeño, el paso fue de los más hondos después del de Santa Lucía, de modo que tuvimos que andar con los equipajes. A la legua se encuentra el arroyo del Espinillo con arboleda y buen paso, pero era entrada la noche y nos fue preciso parar para hacer noche en unos ranchos que se nos presentaron. Pedimos posada al dueño de la casa que nos dijeron se llama don Bernardino Baca, la que nos concedió sin la menor repugnancia. Por este mismo vecino supimos que distábamos siete leguas de San José al noroeste. La casa era pobre y nos acomodamos unos en catres de cuero y otros en el suelo tendiendo nuestros colchones sobre unos cueros. La cena fue abundante y sazonada al estilo del país. En todo entraba el zapallo. Lo primero que nos presentaron fue un zapallo gubango (*Cucubirta Linnei*) asado para que nos sirviese en lugar de pan; y aunque hicimos sacar el que habíamos comprado en la villa y dimos de él al dueño de casa, yo tuve más gusto en preferir nuestro zapallo que era tan exquisito, que igualaba a las mejores batatas (*Convolvulus batatas Linnei*). El guiso de pollos estaba también espesado con zapallo; el hervido tenía grandes tajadas de lo mismo; hubo mesa y manteles, pero no había cucharas, sino con-

chas (*Mya aut Mytulus Linnei*). Aunque todo esto indicaba que ya nos íbamos alejando de los pueblos y de sus comodidades, yo encontré un artefacto en este pobre rancho que aún no había visto en nuestras ciudades. Esto fue un telar para hacer pellones azules, que viene a ser un tejido parecido a un tripe de lana ordinario. Los hilos de la urdimbre y trama eran de lana blanca, pero cada vez que pasaban la lanzadera, tenían la paciencia de ir colocando la felpa azul mecánicamente en cada dos hilos de la urdimbre; y así las mujeres más diestras tardan lo que menos quince días para hacer un pellón de estos, que tendrá seis cuartas de largo y la mitad de ancho no pudiendo venderse en menos de una onza de oro. Este telar era vertical en forma de bastidor: una de sus cabezas estaba asegurada en el suelo, y la otra en un tirante o viga del rancho; era cosa muy sencilla, pues en lugar de peine usaban de otros hilos asegurados a tres o cuatro manijas, como se verá en un dibujo por separado.

4 de junio

A las seis de la mañana ya estábamos en pie para activar a los peones y dar algún pienso a los animales; y como debíamos caminar por despoblado se mandaron asar algunos pollos para el camino. En fin, a las diez nos despedimos y emprendimos nuestra marcha con dirección a la cuchilla para evitar arroyos y huir de las asperezas de Mahoma que nos quedaban a la derecha llevándolas a una vista. Antes de tomar la cuchilla a las dos leguas de nuestra salida, vadeamos sin dificultad el paso del Chaná que es algo pantanoso. Tomamos después la cuchilla teniendo siempre a la vista por la derecha el río de San José y por la izquierda las asperezas de Mahoma. Sobre esta cuchilla se encuentran muy pocos pastos, y así a los costados, varias rocas de granito rojo y de asperón; pocas pizarras y algunas me parecían de la misma naturaleza que las de los cerritos de Montevideo. Los únicos mamales que encontramos fueron unos cinco venados (*Cervus Linnei*). Estos y los zorrillos (*Viverra vittata Linnei*) es todo lo que en esta clase he observado desde que salimos de Montevideo; pues aunque encontramos algo más adelante, unos veinte cerdos en este despoblado, no son indígenas del país, sino piaras alzadas, que se alimentan de muchas raíces silvestres de que hay en abundancia en estos campos, y principalmente el Vis-Vis que es una especie de *Ferraria*, y de los macachines (*Oxalides*).

5 ¼. A las cinco y cuarto llegamos a la estancia de Casco, que distan de San José unas catorce leguas; y así incluyendo los rodeos de la cuchilla creo habremos andado en este día diez leguas. Cuando llegamos ya estaban los asados prontos para nuestra gente en grandes fogones; y aunque era esta la casa principal, estaba abandonada, y no servía sino de guarida a innumerables piaras de cerdos que se recogen dentro de noche. Todas las piezas tenían la mayor parte de los techos sin paja; y no encontrado abrigo alguno, los mismos peones nos aconsejaron que fuésemos a hacer noche en unos ranchos más abajo a distancia de una milla en donde encontraríamos mejor posada por hallarse en ellos la familia. Pero así que nos acercamos desde luego conocimos la mala noche que nos esperaba pues no había sino una pequeña pieza con una malísima ramada, toda llena de sacos de trigo y de noques de sebo. En esta ramada fue preciso alojarnos al abrigo de unos cueros que se pusieron a los costados. Pero era tan grande el frío y helada de la noche que fue necesario traer fuego para medio templar nuestra pobre choza. Tratamos de cenar prontamente y meternos en nuestras camas tendidas en el suelo sobre cueros a fin de abrigarnos con nuestras cubijas. Nuestro mayor cuidado en medio de tantas incomodidades era atar bien los cueros que servían de parapeto ya no tanto por el frío, cuanto por temor de los perros rabiosos de que por nuestra desgracia hay muchos en esta campaña, y acaban de matar uno en este mismo día que vino a los ranchos. Esta plaga la experimentamos desde la guerra última de los ingleses.

Nuestra cena se compuso de un plato de perdices con maíz en forma de locro, de guisado de vaca, hervido, y de una pica asada, con cuero, que viene a ser la parte posterior de la anca con las primeras vértebras de la cola, asado muy favorito del país; esta nos fue presentada sobre un cuero. El lector habrá observado, que para todo usamos de estas últimas pieles, que formaban por otra parte el renglón más rico de nuestro comercio. Los botes de los ríos y las balsas, los aperos de montar, las sillas, los catres, las botas de los peones, muchos techos y puertas de las casas de campo, en todo esto entran los cueros. El sebo es la medicina más común bien aplicado exteriormente en forma de madurativo, o bien interiormente en agua caliente para los resfriados, tos y otras enfermedades del pecho. Los mismos huesos sirven para el fuego; de las cabezas forman una silla y de las vértebras candeleros, como lo hemos visto nosotros mismos en cierta posada. De la misma bosta o estiércol usan para el fuego y para el revoque o enlucido de los ranchos. En fin, nada encuentro más útil que el buey en estos países, prescindiendo de la labranza, acarreos, etc., y así tenía el mayor sentimiento al observar estos campos desnudos de unos animales tan útiles. Estas reflexiones me ocuparon después de la cena, en la que no faltaron

manteles, cucharas, ni platos; también tuvimos pan y aumentamos la ración del vino para hacer más tolerable la noche. Esta la pasamos bien incómoda, pues el frío y el cuidado de los perros rabiosos me despertaban a cada momento; y cuando esperaba que al acercarse la mañana dormiríamos, tuvimos la desgracia de tener la ramada llena de gallos que a competencia nos cantaban al oído. En fin llegó el día, que ya deseaba con ansia, y me levanté inmediatamente para meterme en el coche y continuar mi diario. Mientras tanto se mandaron asar unos pollos, que aunque grandes, nos pidieron un real solamente por cada uno; los que con el queso, pan y vino sirvieron de nuestro desayuno. También compramos unas dieciséis perdices que nos costaron cuatro reales todas juntas, pues en estas alturas son tan abundantes y mansas, que sin pólvora ni munición se cazan muy fácilmente con solo una vara desde a caballo.

5 de junio

10. A las diez de este día salimos de nuestra posada, que mis compañeros le pusieron la Venta de Mal Abrigo. Pero no obstante todo esto nosotros quedamos agradecidos, y nos hacíamos cargo de la ruina que han experimentado estos buenos vecinos, que tuvieron que abandonar sus casas, y recién las estaban reparando y ya observé que tenían cortada la paja para los techos, y la bosta para abrigar los costados o paredes; y así nos despedimos compadecidos de sus trabajos.

12 ½. A las doce y media llegamos al arroyo de Monzón distante tres leguas de nuestra salida. El paso es bueno y este arroyo está bien provisto de árboles de la misma especie que la de los anteriores. Así que pasamos nos dijo su señoría, don Antolín Reyna, que ya estábamos en sus estados; y efectivamente cada estancia de estas tiene tantas tierras que muchas provincias y aun repúblicas de Europa no tienen tanta extensión. Era esta la primera vez que venía a su posesión y encontró sobre este majestuoso río varios colonos de que no tenía noticia; los hizo venir, y no les impuso otra pensión, que alimentándose como lo hacían de sus ganados, le conservasen los cueros y sebo y de ayudar a las faenas de la estancia, como son marcar, recoger o parar rodeo, etc. Los que siembran no tienen otra pensión en este país que pagar la semilla o tantas fanegas, cuantas echan en la tierra. En estas órdenes y en mudar las mulas y caballos nos demoramos media hora; y así seguimos nuestro viaje a la una de la tarde, atravesando la estancia. Aquí fue la

primera vez que vi algunas vacas, divididas en pequeñas porciones, pero la yeguada ascendía a millares. Este fue para mí un espectáculo enteramente nuevo. Lejos de huir de nosotros estos caballos salvajes, que aquí conocemos con el nombre de baguales, venían desde largas distancias a reconocernos y desfilaron por delante de nuestro coche. Los peones y aun nuestra escolta que todos hombres de campo no pudieron contenerse, y sacando sus bolas y lazos corrían tras de los baguales como unos galgos. Esta caza es para ellos tan divertida como correr tras de un corzo o de un jabalí en Europa. Un hombre solo sin más instrumento que las bolas da en tierra con toda la fogosidad de estos animales; a toda carrera despide las bolas a los pies traseros, y se envuelven de tal modo que tienen que pararse en medio de la carrera; baja después de su caballo, lo manea de los pies delanteros, y tendiéndolo en tierra lo ensilla, abandona su caballo ya rendido y monta en su potro, y sale este como una furia corriendo y dando tantos corcovos cual se puede imaginar, cualquiera que sepa lo que es la fogosidad de animal tan valiente. Las fieras mismas más temibles, como el jabalí, los leones (*Felis concolor*), el tigre (*Felis onça*) se rinden al lazo y bolas de nuestros paisanos, y así son tan comunes sus pieles en nuestro mercado.

4 ½. De este modo todos íbamos tan divertidos, que cuando creímos estar muy distantes de la casa de nuestro regidor, nos encontramos en ella a las cuatro y media de la tarde, habiendo caminado este día unas nueve leguas. Contribuyó mucho para nuestra pronta llegada, el auxilio de caballos que nos proporcionó un joven muy activo, oficial de la patria, que desde San José se nos ofreció, luego que supo la importancia de nuestra comisión, y se llama D. Duarte.

La casa de nuestro regidor es de las mejores que hay en esta campaña; toda ella es de cal y canto y mucha parte de ladrillo, con azotea, buenas vigas y alfajías de lapacho, enlucida y blanqueada por dentro y fuera con dieciséis piezas capaces distribuidas en dos patios, teniendo a la entrada un oratorio. Pero luego que llegamos supimos que había sido saqueada; no obstante no faltaron catres ni mesa. Aquí pasamos una noche del todo contraria a la anterior. El dueño de casa dio orden que se matase una vaca, una ternera, un cordero, seis gallinas, que con las dieciséis perdices celebramos las bodas de Camacho; los platos que nos presentaron eran tan grandes que parecían bateas, y hasta los peones comieron aves, y con el auxilio de algunas robinsonadas que celebramos mucho con muy buenos tragos de vino, sus marchas patrióticas y graciosos entremeses que con mucha sal nos relataba el reverendo padre lector, fray José Lamas, sujeto adornado de muy buen humor y de una memoria de las más felices que he conocido.

6 de junio

Después de una noche en que reparamos la falta de sueño de las anteriores, nos levantamos a la hora acostumbrada, y noté el campo blanqueando con la helada que había caído durante la noche, y que el buen abrigo y fuego no nos había permitido advertir hasta que salimos. Yo, después del oficio debido, pasé a observar con más cuidado la posesión, que está situada sobre una pequeña colina de piedra de cal, o más bien de un mármol de color de carne, muy compacto, con fractura concoidea, bordes muy cortantes y algo transparentes. Creo admita un buen pulido y que más abajo haya piezas mayores, pues las de arriba están todas horadadas y cuarteadas en bancos pequeños como se dejan ver sobre la barranca del arroyuelo que está cerca de la casa. Hay un horno de cal que puede contener unas mil fanegas; y por esto esta posesión tiene el nombre de la Calera de Peralta, su anterior dueño. Tiene todo lo necesario para ello un gran galpón para la cal al pie del horno, el agua a unas cincuenta varas y a tiro de fusil el arroyo del Perdido abundante de leña; pero noté que las que quemaban eran demasiado grandes y desiguales, y por esto en cada hornada consumen doscientas carradas de leña, y darían pronto fin de los árboles, si no partían la piedra en partes menores y no dejaban en el corte de leña la horqueta y pendón como está prevenido por las leyes de Indias. Tiene esta casa su fragua y herrería para los picos, y barretas y otros instrumentos de canteros; hay también piezas para salar carnes y para jabón. De modo que sosegadas nuestras turbulencias, tendrá en ellas nuestro regidor un marquesado. La cal y demás productos de la estancia se conducen en carretas al puerto de San Salvador, que dista catorce leguas, y de allí se conducen a Buenos Aires por el río que dista unas diez leguas. El almuerzo fue correspondiente a la cena.

10. A las diez salimos e inmediatamente encontramos el arroyo del Perdido con arboleda abundante de molles, sauces y talas; el paso era bueno, pero volvimos luego a pasar otra vez el Perdido, que no pude comprender si sería un seno o un gajo, y que tenía un paso hondo y de mala salida.

11. A las once llegamos a la estancia de Juana Flores, que distaría una legua, en donde mudamos caballos; la casa es de paja, pero bien acondicionada y capaz. Tomamos un poco de leche que no habíamos conseguido en todo el viaje fuera de la que tomamos con té en San José.

Aquí observé un palomar cuyos nidos eran de cueros sostenidos de unas huascas o correas pendientes de las aletas del rancho; entre las palomas había una torcaza del país, sumamente mansa y hacía muy buena liga con las caseras.

11 y ½. A las once y media salimos con dirección a la estancia de Blanco que en el día sirve de posta; la casa es también de paja y no falta alojamiento; hay palomas y un montecito de duraznos. Esta estancia dista cinco leguas de la anterior, el camino que trajimos está lleno de yeguas y algún ganado; se pasan algunos arroyuelos que en tiempo de lluvias deben ser de difícil paso; encontré mucha piedra de cal en todo este camino, pero no hay más leña que unos cardales inmensos que en partes forman horizonte. Llegamos a las dos de la tarde y habiendo mudado caballos salimos cerca de las tres de la tarde para la estancia de Mendoza que está sobre Coquimbo de este lado. El camino es llano y encontramos una calidad de piedras que parecían toscas rojas, y ferruginosas; encontramos alguna burrada, cerdos y poco ganado. Llegamos a las cuatro y media y según nos informaron hay tres leguas desde la posta; y así en este día hemos hecho una jornada de nueve leguas.

La habitación era reducida, pero en parte ninguna hemos sido recibidos con más agrado; la cena fue abundante, y no faltaron buenos asados de vaca, pollos, buen pan, mesa, manteles y cucharas de metal amarillo; había un solo catre de cuero, pero tan grande, que temiendo ocupase toda la pieza, preferimos tender nuestros colchones en el suelo sobre cueros. Toda la casa estaba rodeada de estacada, con el objeto según nos dijeron de preservarse de los muchos perros cimarrones rabiosos que abundan en estos campos. A más del que vimos en la posta de Mal Abrigo, vimos otro muerto en la posta de Blanco.

Con este motivo procuré recomendar a estos vecinos, que inmediatamente que se sintiesen mordidos, tratasen de dilacerar la herida, cuidando de no dejarla cerrar, auxiliándose de algún cáustico, aunque fuese con un hierro caldeado, pues esta es la única e infalible medicina para la hidrofobia o rabia. También les hablé de algunas yerbas que recomienda últimamente el señor Cavanillas en sus *Anales*, como son el *Echium vulgare* o borraja cimarrona que cubre nuestros caminos y la anagálide roja que no es menos abundante. Hay también el cardo corredor o cardancha, que aunque no sea el mismo que el de Europa, creo tenga

las mismas virtudes. De todas estas plantas, secas y pulverizadas, se toman como dos narigadas por dos veces en diez o doce días y sin más régimen, asegura dicho autor haberse hecho curas prodigiosas. Yo he hecho la experiencia y surtió buen efecto en un pobre paisano, bien que no puedo asegurar se debiese a esto solo su cura, pues ya se había aplicado otros innumerables remedios.

7 de junio

Nos levantamos a la hora acostumbrada; el campo estaba cubierto de una helada aún mayor que la de la noche anterior. Así que salió el sol recibimos un chasque de don Manuel Villagrán, que tuvo la bondad de conducir un pliego que escribimos al señor General en Jefe desde la Venta del Mal Abrigo, avisándonos que dicho señor General no estaba en Mercedes y que aún se halla en Paysandú, a donde había remitido nuestro oficio el mismo día 6 en que llegó a la villa.

10. A las diez después de un buen almuerzo salimos para Mercedes que ya nos distaba seis leguas solamente. El amo de la casa nos vino acompañando y nos facilitó caballos; nos enseñó el paso de Coquimbo que estaba contiguo, y que es algo pantanoso. Este arroyo abunda en árboles, y más abajo hay buena postería de ñandubay que es la mejor que se conoce, y que no se pudre tan fácilmente bajo de tierra como las otras. Por su hoja me ha parecido ser una especie de mimosa. Del otro lado del arroyo vi como una docena de palmas de las que hacen escobas y de que se hacía algún negocio en otro tiempo. Como ya era pasada la estación no se puede determinar su familia. La más alta no excedía la estatura humana.

10 ¾. A las diez y tres cuartos llegamos a la estancia de Benítez, que dista de nuestra salida menos de una legua. La casa es de paja y parece tener más comodidades; hay un monte de duraznos y algunas higueras. Mudamos caballos, y volvimos los suyos a Mendoza con las mayores demostraciones de agradecimiento al particular agasajo que recibimos de este honrado vecino y de toda su familia.

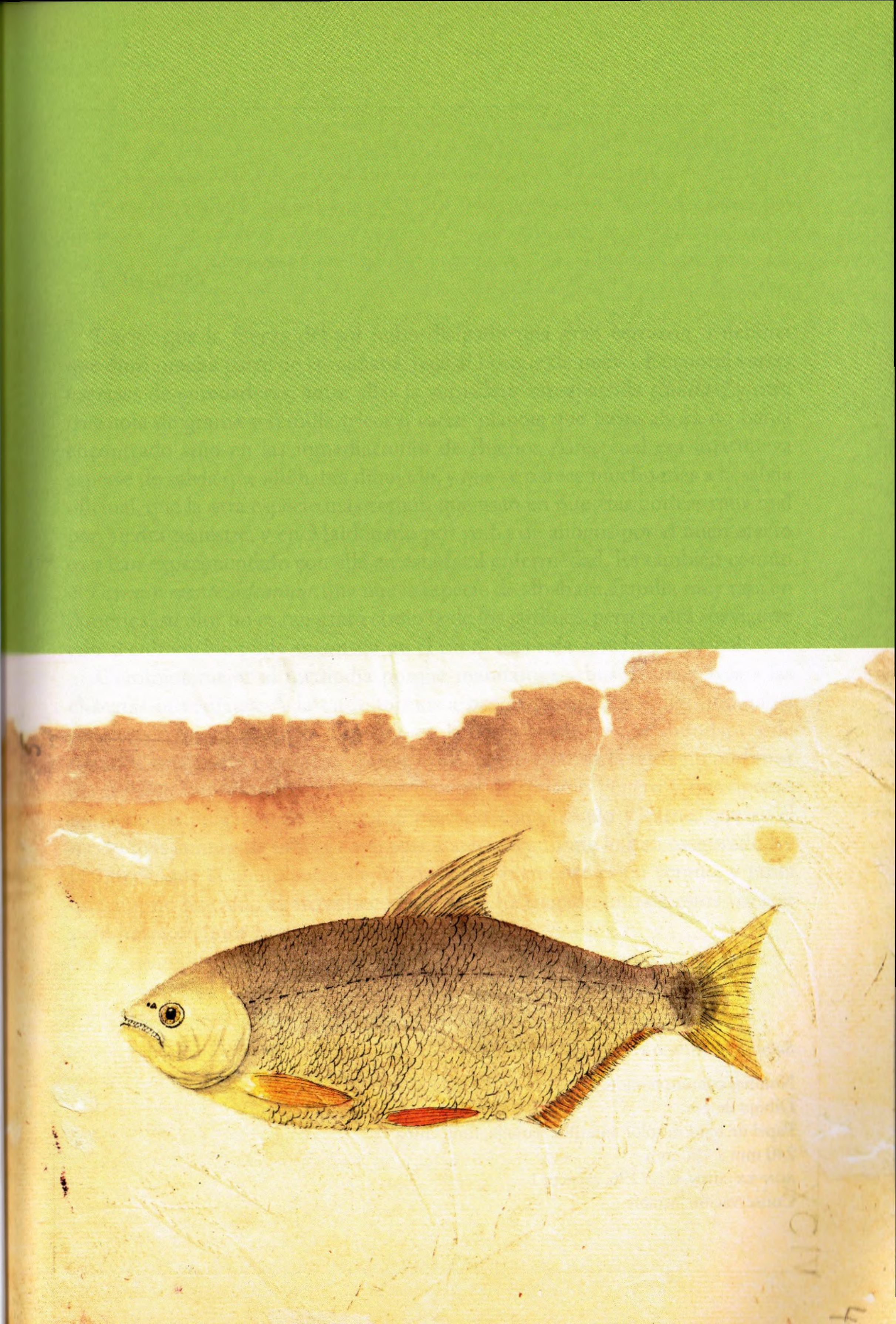
11 ¼. A las once y cuarto salimos de aquí, y como los caballos que mudábamos para cincheros eran los mejores que habíamos encontrado en todo el viaje, y el camino era llano, volaba el coche e íbamos a todo galope; por lo mismo aunque observaba varias piedras no puedo asegurar si eran calizas, como lo creo, pues he notado que desde lejos blanquean sus canteras calcinadas con el sol, y no se elevan como las de granito rojo que ya iban escaseando, sino que están casi al ras de la tierra, y por lo común se hallan en tierras bajas y a la costa de pequeños arroyos o cañadas. En un paso de unos de estos vi por la primera vez grandes pedernales para piedras de fusil. En lugares altos en vez del granito ocupaban su lugar los asperones rojos de color de ladrillo, y tan armoniosamente dispuestos, que aun de lejos nos parecían edificios. Por las muchas chácaras y algunas casas de azotea que se veían a una regular distancia del camino y mucho más la arena que se encontraba en él colegimos estar cerca del río Negro y, en efecto, a las dos ya vimos su grande arboleda hacia la derecha. En fin a las dos y media llegamos a Mercedes, que no se ve, sino estando muy cerca, por estar este pueblo fundado sobre la misma costa del río Negro. Su situación es de las más bellas; tiene buenos edificios de ladrillos y azoteas, pero esparcidos, por haber destruido todas las casas de paja y de palo a pique que componían mucha parte de la población. Nada ha quedado de los cercos con que se formaban las calles a cordel, todos han ido al fuego, no obstante que el monte y la leña están tan próximos. Aún quedan algunas huertas con naranjos y granados, en tierra muy fértil vegetal, y que con un poco de arena que tiene mezclada la hace suelta y propia para hortalizas, que se conoce había en otro tiempo. La iglesia está bien construida de piedra asperón de color de ladrillo; es capaz y puede tener veinte varas de largo y siete de ancho; es elevada con el techo de caballete y de tejuela encalada. Tiene una torrecita agraciada; el cementerio está decente y cercado de ladrillo. No tiene atrio ni pórtico ni orden alguno de arquitectura por dentro ni por fuera, pues el altar principal es de madera dorada y pintada sin columnas ni pilastras, y parece compuesto de piezas de varios retablos, a quien han quitado el remate para colocar un escudo de las Mercedes tan mal dibujado como los mamarrachos que están pintados sobre la entrada de la sacristía, y que sería mejor pasarles un poco de agua de cal por encima. La Virgen de Mercedes que está colocada como titular es de muy buena escultura y no cede a la Dolorosa de Canelones. Hay otro altar de Jesús Crucificado, siendo su efigie de tan mala talla, como las de las otras capillas. En esta iglesia hay pila bautismal con todo lo necesario para la administración de sacramentos, por ser ayudantía de parroquia de Santo Domingo Soriano, que

dista siete leguas abajo de este río. No hay cabildo, sino un alcalde comisionado y un comandante militar con sesenta hombres de guarnición, todos vestidos de paisanos, pero bien armados y jóvenes muy escogidos.

Nos alojamos en una casa con techo de paja que estaba abandonada en la plaza mirando al río, que me dijeron que su dueño se hallaba en Buenos Aires. Había en ella mesas, sillas, una cuja o cama matrimonial y otros varios muebles; la sala solamente era habitable porque al dormitorio le faltaba parte del techo. Ansioso de ver el bosque y este caudaloso río, bajamos inmediatamente al puerto; tiene buena playa, y una caída suave. Las barrancas aquí son bajas, y sus rocas de pedernal para fusil de muy buena calidad. El río tendrá aquí unas seiscientas varas de ancho, y hay una isla contigua a la derecha baja, llena de arboleda y que podrá tener de largo más de mil varas y doscientas de ancho. Entre la costa y esta isla hay bastante agua, pues me aseguran haber pasado bergantines por este canal.

Encontré varios árboles que no conocía, entre ellos varias mimosas; una de ellas la llamaban ñapindá, porque se agarraba a la ropa y su espina no era alesnada sino en forma de uña y corta, arrojando muchas varazones o mimbres; y aun vi una que subía muy alto envuelta en un tronco de otro árbol; aunque esto es raro. Observé muchos árboles de chañal, que había visto en Buenos Aires traídos de Córdoba en donde creí que solamente se encontraban; los árboles están muy arruinados, pero algunos años dan mucho fruto, que comen y son muy exquisitos. Recogí algunas otras plantas y nos retiramos.

Lo que llegamos a nuestro alojamiento nos dijeron que no se había podido encontrar carne de vaca, ni gallinas, ni huevos, y que solamente teníamos chorizos para cenar con un poco de pan y queso. Precisamente, desde por la mañana no habíamos probado nada, y en el pueblo en que creímos proveernos de todo, y en donde más ganas hay de comer por la buena calidad de sus aguas que habían excitado más que nunca este apetito, tuvimos que atenernos a este alimento tan indigesto, a lo menos para mi estómago, probando de él con mucha parsimonia. Pasamos la noche tendiendo nuestros colchones sobre unos cueros en el suelo; y expuestos por lo mismo al ataque de las pulgas que no faltaban en una casa abandonada.



Salminus brasiliensis

Nombre común: dorado, s/d
Dibujo de pez
Papel de tejidos, color amarillo, naranja, tinta china
240 mm x 190 mm
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
Conservación: estable

8 de junio

Luego que la fuerza del sol hubo disipado una gran cerrazón o neblina que duró mucha parte de la mañana, bajé al bosque de nuevo. Encontré varias especies de enredaderas, entre ellas la verdadera zarzaparrilla *(Smilax)* y otra con hoja de grama y semilla tricoca; varias plantas que hasta ahora no había encontrado sino en las inmediaciones de Buenos Aires cual era una nueva especie de salvia que allí había dibujado, y que se parece mucho más a la salvia oficinal, que la otra especie más común que usan en nuestras boticas muy mal por hiedra terrestre, y en Maldonado por yerba de ahogos por el buen efecto que han experimentado con ella en esta fatal enfermedad. Es también común el *Ocymun montevideanum*, una nueva especie de albahaca, familia muy rara en América; su olor no es tan grato como la de los jardines, pero podrá suavizarse con el cultivo. No pude encontrar en el río ni una sola concha ni caracol.

Comimos mejor al mediodía porque mandamos a buscar unas aves a las chácaras inmediatas. A la tarde fuimos a pescar porque un amigo me había ponderado lo que se había divertido en la pesca por la mucha abundancia de dorados, una nueva especie de *Salmo Linnei*, pero en toda la tarde no pudimos pescar sino un dentudo, otra nueva especie del mismo género y que apenas tenía nueve pulgadas de largo; fue pescado con anzuelo y carne, que es el modo más común de pescar en el país. Parece, según me lo han asegurado los prácticos, que la abundancia de los dorados solamente es en verano, y tanta que aún no ha caído el anzuelo cuando ya lo ha tragado uno de estos voraces pero hermosísimos peces.

Viaje de Mercedes a Paysandú

9 de junio

Hoy viendo que se demoraba la venida del General y que quizás nos esperaría por momentos, acordamos salir para Paysandú. Ya estaba todo pronto, cuando nos dijo el comandante que los prácticos del paso y que corrían con las canoas eran de parecer que no podíamos pasar sin riesgo el río por el mucho viento que soplaba, y que era preciso lo difiriésemos para el día siguiente. Yo me aproveché de este corto tiempo más para inspeccionar por tercera vez aquellas inmediaciones, tomando por diferente rumbo a pie por un camino que está al este del pueblo, llegando hasta un arroyuelo que estará cerca de una milla distante. Observé unas aves de rapiña para mí nuevas (*Talao Linnei*), y otra un poco mayor que un hornero y casi del mismo color, que no pude por la distancia determinar su familia; pero me pareció una especie de *Corvus Linnei*; también dos especies de tunas de peca, una de ellas muy pequeña y muy erizada de espinas larguísimas, y una nueva especie de *Heliotropium*. Continuando después por las barrancas abajo noté mucha tiza o creta, descomposición del sílex; muy diferente de la tierra blanca que hay en las inmediaciones de Montevideo, que viene a ser una verdadera marga, descomposición de la piedra granito, y muy propia para abonar las tierras.

Supe después volviendo al pueblo que una legua más abajo había sobre el río una gran posesión con horno de cal; pero por las piedras que yo encontré en el camino infiero que sea ordinaria y admita muy poca mezcla. Pero como tiene las ventajas de la leña y la conducción por el río, aun cuando le dé la mitad más barata, que la de las minas, pueden siempre ganar mucho.

A la tarde fuimos a visitar a algunos de los diputados que habían llegado para el congreso que debía celebrarse en esta villa, y uno de ellos, don Pedro Bauzá, me preguntó si me habían enseñado al árbol de la sal, así nombrado por la mucha que se extrae de sus cenizas; como yo no tuviese ningún conocimiento de él, le supliqué tuviese la bondad de enseñármelo; y así bajamos al bosque

que no distaría doscientas varas de donde estábamos, y conseguí no solo verlo, sino también encontrar una que otra flor y fruto, por lo cual me ha parecido deba colocarse en el género *Rauwolfia*, arbusto espinoso de hoja enterísima y redonda. Es un buen descubrimiento en estas alturas, donde escasea tanto la sal, y que hace poco que se ha hecho por una casualidad. Esta tarde llegaron treinta y tres confinados a caballo con sus líos de ropa, sin prisiones, y sin más escolta que el comisionado del partido.

Acababa también de llegar de Buenos Aires por la Colonia un comerciante inglés, y como nosotros desde nuestra salida de la plaza de Montevideo no habíamos tenido comunicación alguna, ni papeles públicos, fui a suplicarle me facilitase algunas gacetas inglesas o que nos diese algunas noticias del estado de Europa. No tenía ningunos papeles, y solo nos aseguró que dentro de cinco días estaría sobre Montevideo la expedición española contra este país. Nosotros, aunque habíamos oído algunos rumores acerca de esto, estábamos muy distantes de creerle lo que nos dijo, y por el término de tan pocos días y el empeño que manifestó en persuadirnos de esto, comprendimos, que lo que deseaba era que nuestra pobre gente malbaratase y vendiese por medio real los cueros y sebos, que era el objeto principal de su venida; y por lo mismo nos empeñamos en manifestarles todo lo contrario, como así se ha verificado. Es necesario, pues, que sepan nuestros paisanos que ya no es tan común en el comercio aquella buena fe y probidad y que aún en el día caracterizan a nuestros honrados hacendados.

10 de junio

Desde bien temprano vinieron las mulas y caballos que eran necesarios para nuestro viaje a Paysandú, pero se ofrecieron tantas dificultades que fue preciso dejar el coche, resolviéndonos a ir a caballo llevando nuestros equipajes con la carretilla. Bajamos al puerto en donde ya nos esperaban tres canoas; nos embarcamos en la mayor con todos los equipajes; era toda de una pieza y tendría unas doce varas de largo, capaz de cargar doscientos cueros de vaca; no tenía sino dos pequeños y malos remos con otro en la popa, y dos grandes cañas que servían de botavaras. Principiamos nuestra travesía a las doce y tardamos más de un cuarto de hora para llegar a la costa opuesta y septentrional. A poco de habernos separado de la orilla encontramos cerca de dos brazas, que fueron continuando casi lo mismo hasta llegar al canal, que está sobre la otra costa.

Aquí no encontramos fondo con la botavara, que tenía muy cerca de tres brazas, y aun me aseguraron que ni con otro tanto lo encontraríamos. La corriente no era mucha, y conjeturo que el canal de esta gran profundidad no tendría de ancho más de cien varas. Volvió después a pasar la carretilla, que se colocó sobre los bordes de la canoa, quedando las ruedas por fuera. En fin, pasaron seis caballos y dos mulas, que costó no poco el hacerles tomar la dirección de la costa opuesta, auxiliándolos la canoa, que traía otros cuatro a los lados sujetos con los frenos y bridas. Uno de nuestros peones, no obstante el mucho frío que hacía, se arrojó a nado dirigiendo él mismo su caballo, pero pasó con felicidad no obstante que temíamos mucho, porque se había excedido en la bebida. A las dos y media de la tarde ya estaba concluido todo sin el menor tropiezo.

En este estado y prontos ya para marchar observamos que llegaba al pueblo en tres columnas la división que forma la derecha de la vanguardia del ejército oriental, al mando del señor don Fructuoso Rivera, y que este dirigiéndose al puerto en una canoa pequeña y puesto de pie dentro de ella en compañía de un oficial venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer a este joven por su valor y buen comportamiento. Él fue quien en ... derrotó a las fuerzas de Buenos Aires mandados por Dorrego. Me pareció de unos veinticinco años; de buen personal, carirredondo, de ojos grandes y modestos, muy atento y que se expresaba con finura. Su traje era sencillo de bota a la inglesa, pantalón y chaquetilla de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y faja de malla de seda de color carmesí; y este mismo traje vestía su ayudante. En todo guardan una perfecta igualdad estos oficiales, y solo se distinguen por la grandeza de sus acciones, y por las que solamente se hacen respetar de sus subalternos. Detestan todo lujo y todo cuanto pueda afeminarlos.

Esta entrevista nos detuvo más de una hora y así salimos de este punto a caballo a las tres y tres cuartos, y por consiguiente no teníamos de sol arriba de otra hora; y como los caballos eran pocos y fatigados por lo mucho que trabajaron para pasar a nado, resolvimos en atención a todo esto ir a hacer noche en la primera posta que dista tres leguas. El camino que tomamos va costeando el río Negro que dejábamos a la derecha; es llano y carril, asomando a trechos la roca calcárea y el asperón rojo. Cada uno de nosotros tenía sobre la cabeza una columna de mosquitos (*Culex*), que nos seguía a pesar de que en invierno hay mil veces menos. A la izquierda solíamos dejar varias isletas o bosquecillos de algarrobos (mimosa) de cuyos ramos pendían enormes nidos de cotorras (*Psitacus murinus Linn.*), formados de las mismas ramitas erizadas de espinas; observé otro arbustito que por su traza parecía de la misma familia con la hoja

compuesta larguísima y de tres espinas en cada axila o encuentro; la intermedia corva y mayor. Vi por la primera vez en todo el viaje una perdiz grande (*Tetrao tinamou*) que es sin duda la mayor que se conoce en esta familia y que reputó ser especie diferente de la mexicana, a quien la reduce Sonini. Eran antes tan comunes que no había chácaras ni pajonales en que no se criasen en las inmediaciones de Montevideo, pero en el día son raras las que se traen a la plaza. Eran frecuentes también las palmas de escoba, pero no pude ver ninguna de las que producen dátiles, y que también hay pero aunque más emboscadas. Yo he formado un género nuevo de ella, en otra ocasión, y que se encontrará en mi *Flora* o en mi *Diario de Historia Natural*.

A las cinco y veinte habíamos llegado a las taperas de Haedo, que según el lenguaje del país se entiende un lugar en donde se conservan algunos indicios de antigua población. Aquí recibimos la contestación del General ordenándonos que acelerásemos nuestra marcha y que nos esperaba en Paysandú a donde caminábamos. Era ya casi de noche y apenas podíamos leer su contenido, pues nos hallábamos en los días más cortos de año. Aún nos faltaba cerca de legua para llegar a la posta, y por lo andado me parecía que esta distaba del paso de Mercedes unas cuatro leguas. No habíamos hasta ahora separádonos del camino carril y limpio en el que solamente habíamos pasado dos cañadas de poca agua. Pero de aquí adelante fue preciso dejar el camino para abreviar y meternos en unos pajonales. Era la noche oscura, y estos lugares abundan de tigres, y por consiguiente no era poco el sobresalto que llevábamos estando tan inmediatos al bosque fuera del camino y entre espesuras y matorrales. Pero éramos muchos, y algunos bien armados y la travesía corta; y así llegamos a la posta sin novedad alguna, a las seis.

No encontramos aquí a dos peones que habíamos enviados por delante para que carneasen en caso de no haber lo necesario, y así estaban desprevenidos y tuvimos que atenernos a un pedazo de asado. La casa se reducía a un rancho de una sola pieza que servía de cocina y de todo, con una gran hoguera en el medio, a la que nos rodeamos inmediatamente porque la noche estaba muy fría. A más de ser chica la casa estaba ya en parte ocupada por una familia que había venido a guarecerse en ella por esta noche. En fin yo me acomodé sobre una pila de cueros al pie de la hoguera, porque creí de este modo tener menos humo y más abrigo. Mis compañeros durmieron en alto y hacia donde iba el humo, y pasaron una noche muy incómoda. Este humo es sumamente craso y pegajoso pues se tiene la costumbre de atizar el fuego arrojando en él una o dos libras de sebo, casi de cuarto en cuarto de hora, excusándose de este modo de

candil. Observé aquí que uno de la casa se ocupaba en hacer esteras de palma de escoba, porque la de dátiles, aunque más fina, es de cortísima duración; hacía también sombreros de muy buena forma del mismo material, o matizados con cerda negra de caballo, y los vendía estos a cuatro reales, y los primeros la mitad menos. El dueño de la casa entendía de curtiembre de cueros y me aseguró que la experiencia le había enseñado que una de las cortezas mejores era la de laurel (una especie nueva dioca de este género); que las pieles no tomaban buena tinte negra porque primero las engrasaban mucho, debiendo teñirlas antes. Esta tinta la acostumbran hacer con la yerba del mate y clavos o hierros viejos. Me dijo también que el motivo por que mucha de nuestras suelas se solapaban era porque permitían que se secasen los cueros a los rayos ardientes del sol, y que los que para esto se destinan, se estiran estaqueándolos y que antes de secarse se enrollan y se dejan así hasta que se advierte que sueltan el pelo; y entonces pasan a sujetarlos a todos las demás manipulaciones de las tenerías. Este buen hombre se llamaba Maestro Feliz, que parecía ser un paraguayo muy honrado, y que nos obsequió con cuanto le permitía su pobre situación.

Yo siempre gustaba mucho de conversar con nuestras gentes, porque sé que más descubrimientos se deben a la casualidad, mejor diré a la práctica que a los vanos y estériles sistemas de la Filosofía; y así siempre suscitaba conversaciones útiles y les oía con respeto.

11 de junio

Luego que amaneció nos levantamos de la cama, y nos aprontamos a marchar no obstante que la mañana era crudísima, y de una niebla tan gruesa, que más parecía garúa, porque la posta nada presentaba de aliciente y urgía nuestra comisión. Mientras los caballos se ensillaban me puse a observar los alrededores de la casa que estaba rodeada de una larga estacada de palo a pique por los perros rabiosos, que también abundan en este lado. Bajo de una ramada advertí que se acercaban varios pájaros a comer el sebo de vaca, y entre ellos vi por la primera vez un carpintero negro y blanco, especie nueva a quien he puesto el nombre de *Picus bicolor*. El señor Azara dice no haberlo visto sino en el Paraguay y jamás en esta banda. Lo he visto también en Soriano y le llaman dominicano; andaba solo y no en familias; bajaba también a tierra a comer algún sebo que había quedado de las reses muertas el día antes, todo lo contrario a

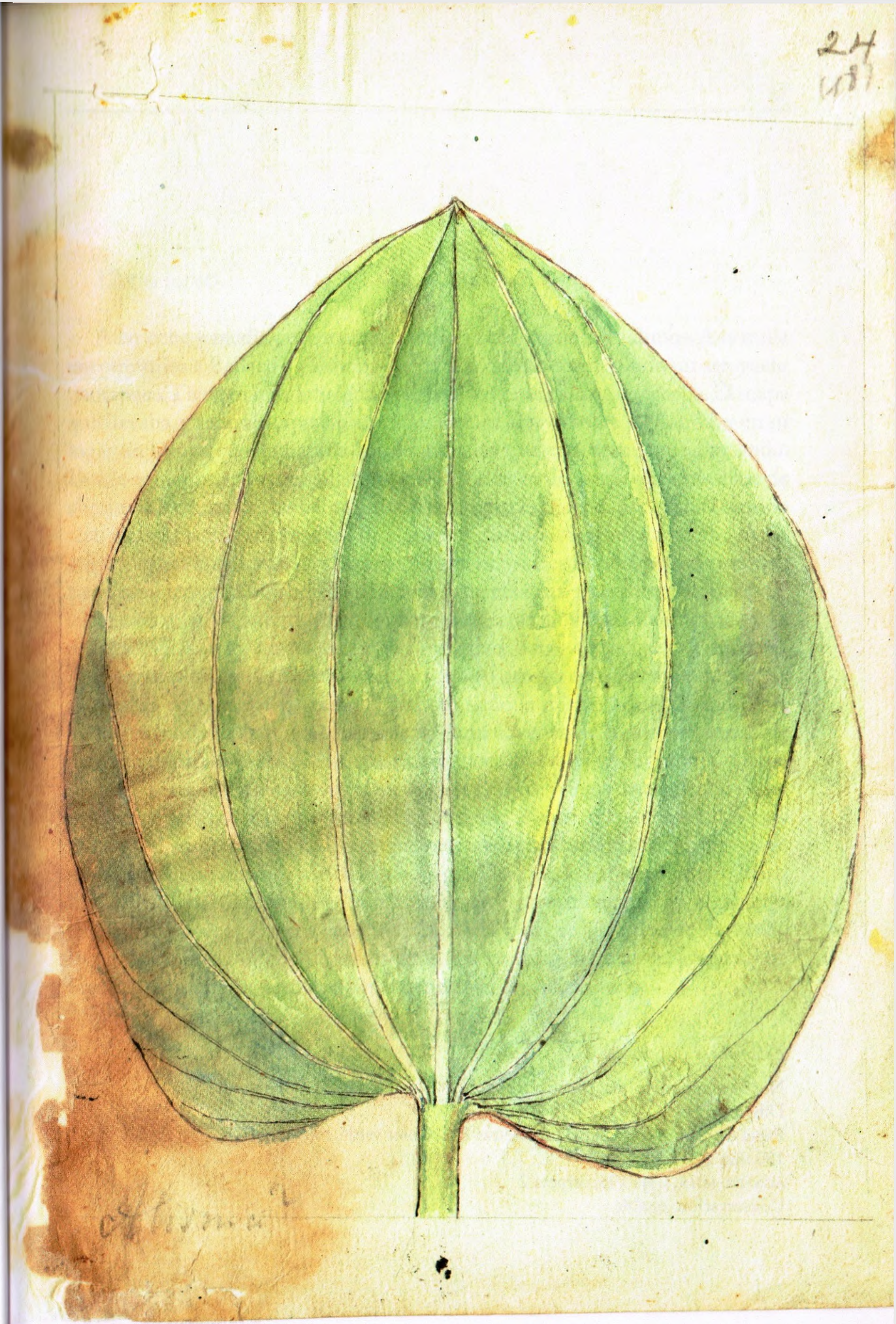
las observaciones de dicho autor. Pero el pájaro que más frecuenta y alegra estas pobres chozas y que viene al olor del sebo es lo que aquí se conoce por calandria, y que yo he colocado entre los tordos y mirlos haciendo una especie nueva. Advertí también que la ramada estaba cubierta de hojas de palma, que tendrían lo menos unas cuatro varas, no habiéndolas visto mayores, de modo que con tres o cuatro hojas de estas estaba bastante cubierta para que el sol no ofendiese ni a la carne ni al sebo que se cuelga debajo de ellas.

Salimos a las ocho y cuarto dirigiéndonos a la estancia de Haedo para tomar algunos caballos, pues los que aquí había eran pocos y malos. Tardamos una hora en llegar atravesando varios pajonales. No había sol porque la neblina lo ocultaba, y así no podía saber qué rumbo seguíamos. Cuál fue por lo mismo mi sorpresa cuando llegando a la estancia que la veía sobre un río y que yo creía el mismo río Negro, me encuentro que es el Uruguay. Muy anchuroso y todo poblado de grandes y hermosas islas. Jamás he visto lugar que más me hechizase; creo que en pocas partes haya derramado la naturaleza a manos llenas más bellezas, más encantos; y qué mortificación para mí no fue tener que tomar otro caballo, y salir inmediatamente, sin permitirme bajar al río para observarlo de más cerca y para no verlo quizás jamás. Íbamos en diligencia y todo debía posponerse a nuestra comisión. Por lo visto forman aquí estos dos grandes ríos una gran estrechura que a mi juicio apenas tendrá legua y media y que viene a ser la garganta del famoso Rincón que llaman de las Gallinas, perteneciente a Haedo.

Los caballos que mudamos eran de los mejores bríos, y a las once estábamos en el otro puesto que llaman de Haedo (que llaman la Zanja Honda), unas cuatro leguas y media distante. No encontramos en el camino arroyo alguno; se dejaba ver algún ganado vacuno, con inmensas yeguadas. Hay en estos campos en los bajos muchos venados, que se dejan acercar a tiro de fusil. Creo puedan colocarse en el *Cervus mexicanus*. Aquí mudamos caballos, comimos un asado, y tuvimos que esperar por un poco de agua, pues no la había y estaba distante. Habrá legua y media al Uruguay, y ya no descubríamos al río Negro no obstante haberse disipado la neblina. El maestro de posta nos dijo que este río distaría seis leguas; aunque a mí me parecía no habría más de cinco.

Salimos a las doce para ir a hacer noche a la posta siguiente de don Manuel Escalada que se regulaba de siete leguas. Tampoco hay arroyos, sino una que otra cañada; pero son campos malos para galopar, porque las lomas están cubiertas de arena y todas minadas por los peludos *Dasypus*. Pillamos uno sin trabajo, habiéndolo corrido un poco a caballo y fatigado se dejó tomar por la cola; lo

degollaron y le abrieron el vientre y se le encontraron varias ranas que se había engullido casi enteras. No es muy buena comida, pero nuestra gente no les perdona porque pierden el campo haciendo muchos agujeros y van expuestos a rodar. Hay mucho ganado. A las dos y media oímos muchos cañonazos, que continuaron hasta puesto el sol. A las cuatro llegamos a la posta. Yo venía tan fatigado que no deseaba sino tenderme porque el caballo que me había tocado tenía una marcha tan violenta, que no había músculo ni hueso en mi cuerpo que no me doliese y la noche anterior había sido bien incómoda. Pero ¡qué desconsuelo fue ver lo que tanto deseábamos! Una choza miserable de unos mal dispuestos cueros, respecto de quien la cocina anterior es un palacio era el alojamiento que nos esperaba. Perros, gallinas, negros y de toda clase de gentes hasta doce personas debíamos dormir juntos en una pieza de cinco a seis varas de tierra con un fogón en el medio. Aquí nos tendimos del modo que pudimos, y pasamos una noche de las peores del viaje, después de haber cenado otro pedazo de asado y algunas conchas de caldo. A las dos de la mañana ya nos despertaron los gallos que estaban sobre nuestras cabezas. A esta hora hicimos atizar el fuego, tolerando el gran humo mezclado con sebo, para medio soportar el frío de una gran helada que se introducía por todas partes. Se calentó agua, tomamos mate y esperábamos con impaciencia el día, para concluir de una vez nuestro viaje, pues ya no distaba Paysandú sino nueve leguas. Toda la noche se llevaron bramando los toros, que había en el corral para matar, y otros más sueltos que de noche tienen por costumbre venir a los ranchos, que no formaban una música muy agradable para dormir, aun sin el reclamo de los encerrados.



Echinodorus sp. (*Alismataceae*)

Nombre común: palma o cucharones s/d
Dibujo de hoja
Papel de tejidos, con filigrana con letras P E. Color verde, tinta china
180 mm x 230 mm
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 2
Conservación: estable

12 de junio

A las ocho y media de la mañana estaba ya todo pronto y salimos. A la milla encontramos a Bellaco y pasamos sus puntas que no forman sino un arroyuelo pantanoso. Tiene mucha arboleda y particularmente palmas de escoba. El mapa que llevaba, y todos los que he visto ponen este arroyo sobre Paysandú, y en su lugar un arroyo que llaman de San Francisco y que está después de Paysandú. Desde aquí principian unos campos cubiertos de cardo asnal, y de toda clase de abrojos. En diciembre no habrá quién transite por ellos, pues casi no hay camino sino algunas sendas formadas por el mismo ganado, que abunda mucho. A las cuatro leguas encontramos el arroyo Negro; el paso es hondo, pero de cascajo; tiene también mucha arboleda para leña, y en ellos innumerables palomas torcaces y tórtolas. Son tantas las que observé en estas inmediaciones nutriéndose de las semillas de los cardos, que creo no exagero si digo que llegaban a millones. A la legua y cinco de nuestra salida está otro arroyo considerable, que no se encuentra en el mapa y llaman el Rabón; tiene la misma arboleda, la misma agua y el fondo de la misma naturaleza. Aquí advertí por la primera vez sobre los árboles una tunilla rolliza, con estrías poco notables, y del grueso de una pluma de escribir, que viste los troncos de los árboles viejos de algarrobo de un tercio para arriba, arraigándose en ellos por todo el contorno con espinitas muy tenues y al parecer sin lana. Una legua más adelante se encuentra un arroyuelo muy pantanoso, que por algunos sauces grandes que le han quedado se llama del Sauce. Todos entran un poco más abajo en el arroyo Negro. Hay también a la legua del Sauce otro arroyuelo nombrado el Cangüe que dista de Paysandú legua y media y a donde llegamos a las dos y media de la tarde, atravesando hasta aquí inmensos cardales, sin encontrar ni un solo rancho.

Paysandú

Es pueblo de indios que está sobre la costa oriental del Uruguay, a treinta leguas de Mercedes según algunos y a veintidós según otros, casi norte-sur. Se puede regular su población de veinticinco vecinos, la mayor parte de indios cristianos; sus casas, a excepción de cinco o seis todas son de paja. La iglesia no se distingue de los demás ranchos, sino en ser mayor, como de unas veinte varas de largo y seis de ancho. No hay retablo, sino un nicho en que está colocada una efigie de María Santísima de unos tres pies de alto, recién retocada que me parecía obra de los indios de Misiones, y en cuyas facciones se dejaba traslucir bastante el carácter de esta nación. Ella a sus ojos parecía muy hermosa, pareciendo todo lo contrario a los nuestros. Pero ¿quién ha fijado hasta ahora los verdaderos caracteres de la hermosura? ¿Sobre qué cosa tienen los pueblos ni más caprichos, ni más extravagancias que sobre esto? Lo que hoy es muy hermoso, mañana es feo. La moda más ridícula en siendo adoptada parece lo mejor, y del más bello gusto; pero apenas deja de usarse, cuando esto mismo viene a chocarnos tanto a nuestros sentidos, que llega a ser el objeto de la burla y de la sátira. La verdadera filosofía pues debe ser muy circunspecta en su crítica, y nosotros no debemos separarnos de estos principios. La iglesia es sumamente pobre y en el día está en la mayor indigencia, falta de un todo, y lo que es más de su cura párroco, no habiendo sino un suplente, que apenas puede decir misa. Antiguamente tenía su corregidor como los otros pueblos de indios, pero ahora hay un comandante militar; y aunque es un pueblo tan infeliz tiene el honor de ser interinamente la capital de los orientales por hallarse en ella su Jefe y toda su plana mayor, con los diputados de los demás pueblos.

12 de junio

Nuestro alojamiento fue en la habitación del General. Esta se componía de dos piezas de azotea, una de cuatro varas y la otra de seis, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles se reducían a una petaca de cuero, y unos catres sin colchón que servían de cama y sofás al mismo tiempo. En cada una de las piezas había una mesa ordinaria como las que se estilan en el campo, una para escribir y otra para comer; me parece que había también un banco y unas tres sillas muy pobres. Todo daba indicio de un verdadero espartanismo. El General estaba ausente y había ido a comer a bordo de un falucho en que se hallaban los diputados de Buenos Aires; este buque con una goleta eran los que habían saludado el día antes al General; con el mismo motivo y cuyos cañonazos oímos en el camino. Fuimos recibidos por don Miguel Manuel Francisco Barreiro, joven de veinticinco años, pariente y secretario del General, y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones; es menudo y débil de complexión; tiene un talento extraordinario; es afluente en su conversación y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmienten sus escritos en las largas contestaciones, principalmente con el Gobierno de Buenos Aires como es bien notorio.

A las cuatro de la tarde llegó el General, el señor don José Artigas, acompañado de un ayudante y una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general; su traje era de paisano, y muy sencillo: pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas, zapato y media blanca de algodón, sombrero redondo con gorro blanco y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz algo aguileña, pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años. Su conversación tiene atractivo, habla de quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quién le iguale en el arte de manejarlos. Todos le rodean y todos le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miserias a su lado, no por falta de recursos, sino por no oprimir los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar

el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Esta fue correspondiente al tren y boato de nuestro General: un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados, por asientos tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie. Véase aquí en lo que consistió el servicio de nuestra mesa cubierta de unos manteles de algodón de Misiones pero sin servilletas; y aun según supe mucho de esto era prestado. Acabada la cena fuimos a dormir, y me cede el General no solo su catre de cuero, sino también su cuarto, y se retiró a un rancho; no oyó mis excusas, desatendió mi resistencia, y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto. Yo, como no estaba aún bien acostumbrado al espartanismo no obstante el que ya nos habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

13 de junio

Muy temprano, así que vino el día, tuvimos en casa al General que nos pilló en cama; nos levantamos inmediatamente dije misa, y se trató del desayuno; pero este no fue ni de té, ni de café, ni leche ni huevos porque ni lo había, ni menos el servicio correspondiente; tampoco se sirvió mate, sino un gloriado que es una especie de ponche muy caliente con dos huevos batidos que con mucho trabajo encontraron. Se hizo un gran jarro y por medio de una bombilla iba pasando de mano en mano, y no hubo otro recurso que acomodarnos a este espartanismo a pesar del gran apetito por cosas más sólidas que tenía nuestro vientre originado de unas aguas tan aperitivas y delicadas, no sirviendo nuestro desayuno sino para avivarlo más. Yo estaba impaciente de concluir con nuestra comisión para bajar al puerto y registrar la costa del río; lo que no pude conseguir hasta después de la comida que fue enteramente parecida a la cena con solo haberse agregado unos bagres amarillos que se pescaron en el Uruguay. Bajamos todos juntos al río. Se baja por un camino muy suave, y espacioso que tendrá unas veinte cuadras, siendo los dos tercios entre árboles en todo parecidos a los del río Negro, a excepción de uno que otro que no pude clasificar por falta

de caracteres y no ser la estación oportuna. Al acercarnos al río el camino era arenisco y de arena gruesa; no hay barrancas altas y se explaya bien el río; hay muchos pedernales sueltos y ágatas en las que la naturaleza ha agotado todos sus caprichos, representando mil figuras como de frutas petrificadas; y por tales las tiene el vulgo. Es verdad que sus aguas tienen fama de ser muy petrificadoras; y yo he visto grandes trozos de ñandubay en esta forma. El río tiene aquí a mi juicio una milla; mucho fondo, pues una balandra que estaría como a cien varas contaba unas doce brazas y una goleta de los diputados que estaba a doble distancia tendría unas veinte brazas; y se dice que en la canal no se alcanza el fondo. Su corriente no debe ser muy rápida porque advertí que pasaba al otro lado con facilidad una canoílla. En el puerto había unos ranchos que servían de cuerpo de guardia; y en uno de ellos estaban los jefes de los cuerpos de Buenos Aires que sostenían a Alvear, y después de su caída fueron remitidos con barra de grillos a la disposición de nuestro General, quien los tenía en custodia con ánimo de volverlos, como después se ha verificado. Conducta que ha sido con justicia sumamente aplaudida por los buenos americanos; y que ha acabado de desengañarlos que nuestro héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria.

14 de junio

En este día bajaron a tierra los diputados de Buenos Aires, Pico y doctor Rivarola, que nada pudieron tratar hasta no haberse concluido nuestra comisión. Por la tarde llegó un indio de Misiones, capitán de aquellas milicias con pliegos en que avisaba de la retirada de los paraguayos hasta Candelaria; pedían municiones y armas, que se le dieron y llevaban en una carretilla. Los paraguayos han tenido una conducta muy ambigua y contradictoria y poco han hecho por la causa en América; y después de esto trataban de aumentar su territorio a costa de nuestra provincia lo que no podía permitir nuestro General. Concluimos nuestra comisión y por extraordinario remitimos nuestros pliegos, pues nosotros yendo en carruaje debíamos demorarnos más de lo que exigía la importancia de la contestación.

Vuelta

15 de junio

Salimos a las doce, llegamos a Rabón a las dos y veinte, al arroyo Negro a las tres y diez y a la posta a las cinco de la tarde en donde pasamos la noche. Doce personas dormimos en la cocina de ocho varas de largo y cinco de ancho, negros, indios y peones.

16 de junio

Salimos a las ocho y media y llegamos a galope a la Zanja Honda a diez y media que echa seis leguas; encontramos en el camino más venados que en alguna parte, y se dejan acercar a tiro; arenales y pocos cardos; más macachines. Dos leguas antes pasamos las puntas de Román, que abajo tiene arboleda. Comimos en esta posta un asado y salimos a las doce. Llegamos a la una y media a galope a la estancia de Haedo, seis naranjos y tigre en donde vi un chimango todo blanquizco a excepción de la espalda y alas negras y fajas en la cola negruzcas; pies y pico amarillos y una lista confusa sobre los ojos, oscura. Estaba esta estancia sobre el Uruguay; veinte cuadras distantes; islas enfrente. No encontramos caballos, y se nos dijo que en la posta no los había y así con los mismos salimos al trote a las tres y diez, dirigiéndonos a las taperas de Haedo, en donde no hay ya sino un montecillo de membrillos y algunos duraznos; tardamos tres cuartos en llegar y se cree hay más de una legua. Bajando esta estancia abandonada hay un arroyo o punta del río Negro que queda a la izquierda, buen paso, con arboleda. A la legua pasaríamos otro arroyuelo e íbamos dejando islas de árboles a uno y otro lado, por lo común de algarrobos y espinillos. En el camino se encuentra piedra calcárea y otra tan roja que a veces he sospechado que haya mercurio. A las cuatro y media llegamos al paso

de Mercedes y a las cinco y tres cuartos estábamos con equipajes, carretilla y doce hombres que todo condujo de una vez la chalana. Nos alojamos en la misma casa, y nuestra cena fue tan parca como la primera noche que llegamos a este pueblo. En él se hallaba Rivera con su gente de guarnición, joven de buen personal, carirredondo y de bastante desembarazo y urbanidad; él fue el que mandaba en la acción de los Guayabos que ganó a los porteños.

Salida de Mercedes

17 de junio

Así que salió el sol nos levantamos y se dio orden para que viniesen las mulas y caballos que habíamos dejado y se aprontó el coche; pero siendo muy pocos los caballos pedimos algunos más al comandante Ramírez; y como estos se demoraban, nos compusimos con los que teníamos y dejamos cuatro soldados y un sargento, para que tomasen otra ruta, a fin de no molestar tanto al vecindario, debiendo nosotros dirigirnos por Santo Domingo Soriano.

Nuestra salida fue a la una del día; a la media legua pasamos el arroyo Dacá, buen paso y con arboleda. A las tres llegamos a la posta, que dista de la villa dos leguas y media; el camino está cercado por ambos lados por cardos de Castilla. No se dejan ya ver los peñascos de granito, sino de piedra calcárea, que apenas asoman al ras del camino. Enseguida de la posta se sigue un arroyuelo que llaman de Ascencio, buen paso y arboleda. Hasta aquí íbamos tan próximos al río Negro, que dejábamos isletas a la izquierda. Desde aquí principiamos a separarnos de este río, y subimos unas colinas que llaman los Cerritos, muy parecidos en sus formas a los de Montevideo, pero no parecen compuestos de sus piedras pizarrosas, y a lo lejos no parecían sino alguna tosca. En ellos no hay otras plantas que cardos de Castilla y asnal, algún alfilerillo (*Geranium*)... Así que doblamos estas alturas vimos en las cuchillas algunas poblaciones. Ya iban muy fatigados nuestros caballos, y nos acercamos a una hacienda que estaba inmediata, y supimos era propia del comandante de Soriano, don Leonardo Britos. Está bien provista de caballos, una gran majada de ovejas, y ganado vacuno, que cubrían los campos inmediatos. Las casas están sobre una colina de piedra calcárea; hay arboleda de duraznos; tomamos un mate con azúcar y nos instaron a que bajásemos del coche pero ansiosos de llegar no aceptamos su buen agasajo.

A las cuatro y cuarto llegamos al arroyo de las Maulas, que dista unas dos leguas de Soriano; tiene gran arboleda y buen paso. A la legua se nos volcó la carretilla en una barranca, pero felizmente sin daño alguno. Al entrar la noche

llegamos a tocar con un pantano, por el frente de Soriano, de una legua que nos dijeron era intransitable para el coche y mucho más de noche; y así preferimos rodear por la cuchilla a la derecha. Nuestros peones no tenían conocimiento de este camino, y por no molestar al vecindario no quisimos sacar baquiano de un rancho que había en esta encrucijada y nos contentamos con que nos dijesen el rumbo que debíamos tomar dirigiéndonos a un ombú (*Phytolacca dioica*). Pero a pocos pasos perdimos el camino, y nos metimos en unos bosques de cardos, y ya sin tino unas veces caíamos a la derecha y encontrábamos el bañado, otras a la izquierda y cada vez más se espesaban los cardales. Se fatigaron las mulas y caballos y ya temíamos pasar la noche; pero el gran pesar de ver las luces y ladridos de perros, que nos indicaban estar próxima la población; pero queriendo hacer rumbo hacia ella no encontrábamos sino pantanos. Nos fue pues preciso pararnos así para dar descanso a las mulas, como con más sosiego pensar lo que habíamos de hacer en este apuro. Mientras tanto los mismos peones se derramaron en todas las direcciones, y al cabo de buen rato, a una larga distancia gritó uno haber encontrado un buen camino carril hacia la derecha y que sin duda conducía al puente. Esperamos a que retornase para que él mismo nos condujese; pasamos varias barrancos, y gran trecho de cardales, antes de ponernos en camino. Serían las siete y media cuando lo encontramos y fue para nuestra gente de tanta satisfacción y contento que dieron grandes gritos de alegría, y nosotros no la tuvimos menos, pues nuestra pobre gente no había comido en todo el día, y nosotros solo habíamos probado apenas un pedazo de chorizo, y aun esto había sido nuestra cena, que no sé cómo teníamos estómago para unos alimentos tan indigestos. Ello es que a uno de nuestros peones que participó de nuestra cena le dio un cólico y fue preciso dejarlo en la primera posta. Tan infeliz está el pueblo más rico y de más grandes recursos de esta campaña, que habiendo gastado dos pesos no pudimos cenar otra cosa. En fin a poco trecho hallamos el puente. Yo estaba en él y creía pasar un riacho, que pasaba por encima, dando el agua por las rodillas de los caballos; al pronto me persuadí que se habrían cegado los ojos del puente o alcantarilla y de este modo se habría inundado; pero supe después, que nunca fue puente sino una calzada, que nos sirvió no poco para ahorrar estos grandes bañados que circundan a Soriano. Habrá media legua del puente a este pueblo, y el campo que sigue es llano aunque bastante arenoso. Cerca de las ocho llegamos, y nos bajamos en casa del comandante don Leonardo Britos.

Descripción de Santo Domingo Soriano

Era tan triste la idea que nos habían hecho concebir los de Mercedes, o los capilleros, de este pueblo, y aun el mismo camino que habíamos traído principalmente su entrada, que creí encontrarme con un pueblo miserabilísimo. Pero al entrar en él encontré una calle larga, ancha, bien cercada de tunales (*Cactus circus*) altos, muy llanas, de una pendiente muy suave, sin pantanos ni barriales, sino que caminábamos sobre un terreno firme con una pequeña porción de arena, que contribuía al aseo de las calles, al mismo tiempo, la manzana en donde nos alojamos era la mayor parte de edificios bien construidos, que creí ser esta población superior a Mercedes. A esta idea no contribuyó poco el grande acogimiento que experimentamos por parte del comandante y de toda su honrada familia. Se nos puso una cena abundante con todo el servicio que podíamos encontrar en una ciudad. Se nos destinó una casa por separado para nuestra gente también de azotea con abundancia de carne, leña y agua; y a nosotros se nos preparó en su misma habitación una pieza con camas más que decentes de muchos volados, sillas, mesa y recado de escribir, no habiendo permitido que desliásemos nuestros equipajes. En fin, con esto reparamos en gran parte los trabajos pasados, y dormimos muy tranquilamente, sin que nos incomodasen, ni el humo grasiento de las cocinas, ni los gallos y perros y de consiguiente las pulgadas de las jornadas anteriores.


25. Pulgdas Yngs

Leopardus geoffroyi

Nombre común: gato montés, s/d
Dibujo de gato montés
Papel de tejidos con filigrana del molino inglés Budgen & Willmott, con la data 1808
carbonilla, tinta china ferrogálica
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
380 mm x 230 mm (papel plegado)
Conservación: estable
Nota: Tiene una nota manuscrita al pie con la escala en pulgadas

18 de junio

Así que amaneció mi primer cuidado fue salir a la calle a observar el pueblo, dirigiéndome a la iglesia para celebrar; pero estando aún cerrada, seguí hasta el puerto, que distará de la población unas seiscientas varas. No se veían de esta parte sino edificios arruinados, y apenas algunos vestigios de otros que fueron incendiados por una expedición que vino por el río desde Montevideo, y en que padeció tanto este pueblo en todo el resto de ella, habiendo sido tratado con todo el rigor de la guerra, no quedándoles casi nada de lo que tenían estos infelices. El puerto es bueno, con buen desembarcadero, sin barrancas, ni malas subidas de pantanos, en playa arenisca, y todo aquel frente enteramente limpio de bosque y arraigones como en Mercedes. Tendrá aquí el río Negro muy cerca de una milla de ancho, y se manejan con canoas como en Mercedes, aunque también vi que había un bote correspondiente a un inglés, que se había metido a leñatero y a quien compré una jaula con diez urracas por dos pesos. Este extranjero ya tenía una balandra que viaja a Buenos Aires, no habiendo sido sino un soldado.

A las ocho y media procuré por el sacristán que se abriese la iglesia para poder celebrar; al entrar en este templo me sentí poseído de un respeto y devoción extraordinarios al considerar que este fue el primer lugar consagrado al Dios verdadero en esta nuestra Provincia Oriental, matriz de toda esta campaña, y que aún disputa su vecindario la antigüedad a Buenos Aires aunque los más convienen ser su fundación treinta años posterior solamente aumentaba mucho más mi devoción, por haber oído la noche anterior algunas devotas tradiciones que conservaban algunos respetables ancianos descendientes de los chanás, una pequeña tribu de las muchas naciones que poblaban esta banda. Por las varias conversaciones que tuve con esta buena gente deduje que un religioso de la orden de Predicadores (cuyo nombre no pude averiguar algunos dicen, se llamaba fray Agustín) en virtud del instituto de esta orden había pasado a esta banda y predicado el Evangelio a la grande y belicosa nación de los charrúas, y que aun que al principio fue bien recibido, luego lo abandonaron y que sabido por esta pequeña nación de los chanás, sus enemigos, ellos mismos espontáneamente buscaron al misionero apostólico, y se convirtieron al

verdadero Dios; fundaron su pueblo un poco distante de donde está hoy, pero perseguidos por los charrúas se retiraron a las islas, y aun allí eran molestados, hasta que aumentando sus defensas pasaron a fundarlo en este lugar rodeando el templo de una gran estacada a donde se refugiaban a cualquier alarma. Aún se conserva en este templo en su altar mayor una pequeña efigie de la Virgen del Rosario, a quien todo este vecindario confiesa deber muchos y particulares favores del cielo. Está retocada y bien conservada, puesta en un gran nicho, pero tan oscuro que no pude distinguirla bien, pero me pareció regular. Sobre este nicho hay un lienzo de cerca de una vara mal colocado y oculto mucha parte por el nicho de la Virgen que no pude comprender bien lo que representaba; me pareció ser un salvador que tenía en las manos un lienzo de Santo Domingo de Guzmán, y presentando a un religioso que está arrodillado y que con mucha devoción recibía en sus manos este presente del cielo; a los lados veía otras figuras que según supe después eran la Dolorosa y San Juan; y que el religioso fue el apóstol de estas gentes. Ellas creen que este es un pasaje verdadero, pero sea lo que fuere de esto, el cuadro es lo mejor que hay en la iglesia, pues el otro de Santo Domingo y Virgen del Carmen que hay en otro altar a la derecha es muy chabacano; lo mismo que las efigies que hay en otro a la izquierda de Santo Domingo y San Juan.

La iglesia está hecha de nuevo; es de ladrillo y barro, con el techo de tejuela, pero que se llueve toda y me parece que sea por falta de tirantes o buen enmaderado, aunque los vecinos creen dependa de los muchos balazos que recibió de los barcos enemigos, y que la estremecieron toda. Tendrá de largo unas treinta varas con el pórtico sobre el que está el coro; tiene arriba una pequeña espadaña con dos campanas, pila bautismal y buena sacristía con ornamentos preciosos. La casa capitular está enfrente de azotea con una pieza contigua para escuela de primeras letras.

Después de misa dimos una vuelta por el pueblo, que aunque me pareció menor que anoche, no por eso deja de ser tan bueno como Mercedes, ni encuentro motivo para que se le quiera despojar de las prerrogativas que le competen como parroquia matriz tan antigua. Tiene dos calles principales de este-oeste, de unas cinco cuadras puede extenderse hasta la loma más de una milla las traveseras correspondientes; hay muy buenas casas de ladrillo de mucha comodidad y algunas con rejas a la calle; casas de abasto provistas de cuanto buscamos. Entramos en varias huertas en donde observé que la tierra no es ingrata; y que se dan bien los duraznos, damascos, olivos y más que todo naranjos habiendo en una de ellas cerca de doscientos, producen bien las batatas

y zapallos en tierra arenisca. Esto juntamente con la salubridad del clima, pues he encontrado personas muy ancianas, la buena agua, leña, y buen puerto más cercano que el de Mercedes, creo sean motivos bastantes para que se les mire con respeto y más consideración que hasta el presente.

Salida para San Salvador

18 de junio

A la una después de haber comido muy decentemente, y tomado café, nos despedimos con la mayor urbanidad y agradecimiento; pero no satisfecho aún nuestro generoso comandante con los obsequios anteriores, nos llevó al coche para el camino dos grandes sandías que para el tiempo son raras, y dos buenos quesos, los que agregados al pan, vino, naranjas que compramos a cinco por medio, no temíamos pasar la noche en el campo en caso de volvernos a perder; bien que nuestra jornada debía ser corta, por ser nuestro destino el pueblo de San Salvador distante solamente cuatro-cinco leguas. Tomamos el mismo camino del puente por donde entramos anoche, dejando a la izquierda el río Negro con grandes arenales; no hay piedra ni tosca, solamente advertí muy cerca del pueblo a uno y otro lado muchas conchas fósiles con que se puede hacer cal y que me parecieron de la misma especie que las de Buenos Aires y que aún se encuentran vivas en el Río de la Plata y puerto de Montevideo (*Mya labiata*, Frans. ph. londs.). A las dos leguas y media encontramos un arroyuelo, el Bizcocho, con arboleda y buen paso, sobre él está la estancia de la Virgen de Soriano sin advertir ganado; sigue después la cañada de Magallán también con algunos árboles y buen paso; poco después principiamos a ver el pueblo y arroyo de San Salvador; pero fue preciso seguir más arriba al paso de la Cruz, porque el otro que está frente del pueblo está a nado y se necesita de bote. Este riacho tiene barrancas muy profundas y aun la arboleda está dentro de ellas, de modo que debe tener muy pocos pasos para carruajes. El de la Cruz es ancho de buen fondo y el agua llegaba apenas al encuentro; habrá como una milla del pueblo, al que llegamos a las cuatro y media de la tarde.

Pueblo de San Salvador

Nos dirigimos a la casa del cura interino, el reverendo padre lector, fray Mariano Piedrabuena por el conocimiento que teníamos y por ser muy íntimo amigo y hermano de la misma orden seráfica que nuestro compañero el reverendo padre lector, fray José Lamas. Así que nos vio nos recibió con los brazos abiertos, celebrando infinito nuestra sociedad, que otro tanto le fue grata cuanto menos lo esperaba. El que está acostumbrado a vivir en pueblos grandes, y mucho más un religioso que por su instituto vive en comunidad, rodeado siempre de personas ilustradas de que abundan estas órdenes religiosas de América, extraña más que ninguno estos destinos, y ama en extremo la sociedad, y lejos de ser unos misántropos y egoístas como quieren los libertinos, son los que más miran por el bien común y, como personas desinteresadas y acostumbradas a vivir con poco, son por hábito generosas y llenas de una fraternidad que no es muy común en los otros estados. Ello es que este buen religioso no supo qué hacerse, nos ofreció mate, café, licores, cigarros y todo cuanto su situación le permitía. Estimado sobremanera de su pequeño pueblo, a la menor insinuación se puso todo en movimiento, no hubo vecino que no viniese a saludarnos, y llegada la hora de la cena, pocos fueron los ranchos de donde no viniera un presente; de modo que tuvimos una cena abundante; y se puso una mesa como de comunidad asistiendo a ella todos los vecinos respetables; el rato fue bueno, muy alegre, lleno de mil chistes. Al fin de la mesa hablamos de muchas ideas útiles; y de los mejores sentimientos de aquellas honradas gentes sobre el fomento, progresos y educación de su pueblo, inspirados la mayor parte por su cura.

El pueblo es pequeño, de unas veinte familias, todo él de ranchos de paja pero con cercos y formando calle a cordel; hay ya un horno para ladrillo y principian a construirse casas de este material. La iglesia es también de paja de unas dieciséis varas, enlucida y blanqueada por dentro. No tiene sino un altar con un gran nicho en que está la Patrona, que es una Dolorosa de dos pies de alto y de muy buena escultura. Todo está con el mayor aseo.

19 de junio

Por la mañana supimos que había llegado al puerto un buque de Buenos Aires que traía la noticia que Pezuela continuaba retirándose y que ya había pasado el desaguadero, y que Rondeau ocupaba a Potosí y Chuquisaca. Fui al puerto que dista a lo menos quince cuadras, buen camino; me pareció bueno y cómodo; la balandra estaba amarrada como en el riachuelo; atracada a la costa en donde no hay piedra alguna, y por medio de una tabla o plancha bajaban en tierra y cargaban; me dijeron los mismos del buque que el río tienen dos-dos y media brazas, que no habían experimentado mayor corriente cuando subía, y que desemboca en el Uruguay a cosa de seis leguas.

Los vecinos se quejaban de los trabajos que habían sufrido con las repetidas mudanzas del pueblo, que ya llevaba cuatro. La primera sobre el Espinillo; la segunda sobre Uruguay, entre este y el Espinillo; la tercera otra vez en el Espinillo, y la cuarta por último donde hoy está sobre San Salvador; hace trece años pero que el lugar más a propósito es el Uruguay, por la mejor agua, leña, pescado en abundancia, etc., y que por intereses particulares sostenidos por un asesor del antiguo gobierno se les había desalojado a pesar de mil fundadas representaciones de unas claras ventajas al Estado.

Otra de sus quejas de que ya habían informado a su diputado era los gastos que hacían obligándoles a ir a la Colonia con sus frutos como puerto preciso para pagar un real y medio por cada cuero, pudiendo en su puerto cobrarse este derecho. Yo creo muy bien que esta renta en caso de subsistir por las urgencias presentes podría administrarse como la de correos, y aun el mismo administrador o comandante podría cobrarla.



Myiopsitta monachus

Nombre común: cotorra, s/d
Dibujo de cotorra sobre rama.
Papel de tejidos, color verde, tinta china ferrogálica
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
170 mm x 230 mm
Conservación: estable

Salida de San Salvador

A las diez después de un buen almuerzo salimos acompañados del cura, comandante y otros vecinos para la posta del Espinillo. Hay tres leguas a este lugar, y todo el campo está cubierto de cardo asnal, no habiendo encontrado más que una cañada a la media legua que llaman de Fulgencio. El camino es bueno y bien llano sin piedras, ni pantanos. Llegamos a la posta a las once y media; ya estaba preparada la comida por dirección del mismo cura, y fue aun más abundante. Cerca de la una y media salimos para las Víboras, jornada de seis-siete leguas. El camino tan llano como el anterior; pero cesaban los cardales, y por mucho trecho no encontramos, sino el *Echium* y *Genenanio alfileri* (¿geranio?). Pasamos a las tres leguas dos arroyuelos que llaman Arenal Chico y Arenal Grande. Sigue después a las dos leguas y media un arroyo que llaman de Polanco, sin arboleda y con mucho ganado en estas inmediaciones, perteneciente a don Gregorio Illescas, que es la única casa que estaba en el camino; mudamos caballos y con tres tiros nos pusimos en el pueblo de las Víboras, que tiene a su entrada unas doce cuadras de bosque; el pueblo está del otro lado del arroyo cuyo paso es algo pantanoso, y a donde llegamos a las seis de la noche; y nos acomodamos en lo del comandante Cepeda, en donde cenamos con un regular servicio y sin escasez, y dormimos sobre catres de cuero.

Pueblo de las Víboras

20 de junio

Me levanté al ser de día, y pasé a ver la iglesia parroquial que teníamos enfrente. Por fuera no presenta sino un rancho miserable de paja como de unas veinte varas de largo, y parecía una de las más pobres capillas de campaña; pero ¡cuál fue mi sorpresa, cuando entrando en ella vi un retablo, que aunque de gusto antiguo era el mejor de todo el viaje!, y tenía algunos visos de arquitectura con varias pilastras y dos columnas salomónicas con capiteles compuestos; tenía muchos dibujos y floripondios dorados con campo azul; en él está la Virgen de Remedios vestida y de regular rostro. El sagrario es de estilo más moderno con pilastras estriadas de orden jónico. En otro altar a la izquierda sin retablo estaba una efigie del Carmen de vestir también regular. Pero lo que más me agradó fue el púlpito, que tenía pintados en sus cuatro fases los cuatro evangelistas, y en las tablas que cubren las gradas para subir una Magdalena postrada con un crucifijo en las manos, con la mayor expresión y me ha parecido todo ejecutado por mano maestra y con valentía principalmente la Magdalena. Hay dos buenos confesionarios de cedro, dos lámparas doradas, buenos ciriales con cruz parroquial, buenos ornamentos y un cáliz de plata muy bien dorado, y de una forma y gusto tan exquisito, que no lo he visto mejor en parte alguna. Yo celebré en esta iglesia; y por ausencia del cura que estaba en Buenos Aires hicimos con mi compañero el oficio de sepultura de un párvulo con toda la solemnidad posible graciosamente por corresponder de algún modo a los obsequios y auxilios que nos proporcionó aquel vecindario. Supe después que así el retablo como el púlpito vinieron de Buenos Aires y que habían pertenecido en otro tiempo al Montserrat. Pasé después de ver el pueblo, que está casi emboscado, y aún tiene todavía muchos árboles; en su contorno el terreno es muy desigual; las casas todas de paja, pero muy esparcidas, y tendrá casi la misma población que San Salvador; a pesar de ser mucho más antiguo; ni creo pueda progresar porque los vecinos no tienen tierras, debiendo pagar el arrendamiento de la

semilla que siembran; y todos aquellos contornos, lo que está libre de bosque, está lleno de abrojales y otras yerbas perjudiciales. Así es que estos vecinos han deseado siempre trasladarlo a la costa del Uruguay, puerto de las Vacas, distante tres leguas solamente; en donde sin duda estaría mil veces mejor y con mejor agua, pues la del pueblo es pésima pero un individuo poderoso se ha apropiado aquellas tierras, y las tiene enteramente despobladas, no permitiendo ni que se construya un rancho en aquel puerto, teniendo que venir los que aquí se desembarcan a pie hasta el pueblo por no encontrar auxilio ni albergue alguno.

Salida de las Víboras a San Juan

Cerca de las once después del desayuno salimos acompañados del comandante para San Juan que dista unas doce leguas. A poca distancia ya principió a ser el campo de diferente naturaleza lleno de hermosa grama. A las dos leguas y media encontramos el arroyo de las Vacas con tanta o más arboleda que el de las Víboras, dejándose esta ver hasta sobre las cuchillas, cosa que no había observado ni aun en el río Negro. En estos bosques conocí al famoso yandubai de que tanto negocio se hace, y aunque sin flor ni fruto tiene todo el hábito de una mimosa espinosa. Pero ni aun en estos grandes bosques encontré un árbol propio para construcción de edificios ni embarcaciones, y cuanto más para unas pequeñas curvas y postería. El paso era bueno y arenoso, despidiéndose en él nuestro comandante que tuvo la atención de acompañarnos, dejándonos un baqueano para que nos condujese en adelante. En estas inmediaciones encontramos uno o dos ranchos muy pobres; en adelante no vimos ninguno, ni ganado, sino alguna yeguada hasta San Juan, campo todo él perteneciente a una estancia que era de los jesuitas, y en el día pertenece a la Casa de Huérfanas de Buenos Aires. Todo este terreno es un campo muy limpio, de un camino muy igual, sin pantanos.

A las seis leguas de nuestra salida encontramos el arroyo que llaman de las Tunas con paso arenisco, poca agua y alguna arboleda. A dos leguas después principiamos a ver los cerros que llaman de San Juan, que aun lejos con el sol y a causa de los líquenes de que están vestidos, sus peñascos nos parecieron médanos de arena. Aquí pusimos tres tiros porque se iba acabando el día y no había posada alguna en que nos pudiéramos recogernos aquella noche.

Con este auxilio más galopamos hasta enfrentar con los cerros en donde ya el camino principió a ser áspero. Estos cerros son poco elevados y serán poco más altos que los cerrillos de Montevideo, aunque uno de ellos más extendido. Están bien cubiertos de verde, con algunos peñascos, que me parecieron de granito, según las piedras que aparecían en el camino, no teniendo tiempo para examinarlos porque el tiempo urgía. Luego inmediatamente encontramos un

arroyuelo peñascoso y de arboleda que llaman Miguelete; y a la legua el de San Juan que es de más arboleda; para ir a la casa de nuestro destino tuvimos que tomar hacia la izquierda buscando un paso excelente de arena; y del otro lado como a seis cuadras llegamos a nuestra posada a las seis de la noche. Era un rancho miserable, que amenazaba ruina y estaba todo apuntalado; en fin no encontramos, ni carne, ni más lugar que la cocina en donde guarecernos alrededor de una gran hoguera; pasamos una noche con la misma incomodidad que las que experimentamos de la otra banda del río Negro. Hay muchos tigres, que no era otra menor aflicción. Si las tierras estuviesen mejor repartidas no habría estos grandes desiertos a las inmediaciones de las fecundas riberas del gran Río de la Plata. La casa a donde paramos dista una sola legua del puerto de San Juan, en donde debía hacerse una población dándoles tierras competentes para chácaras, etc.

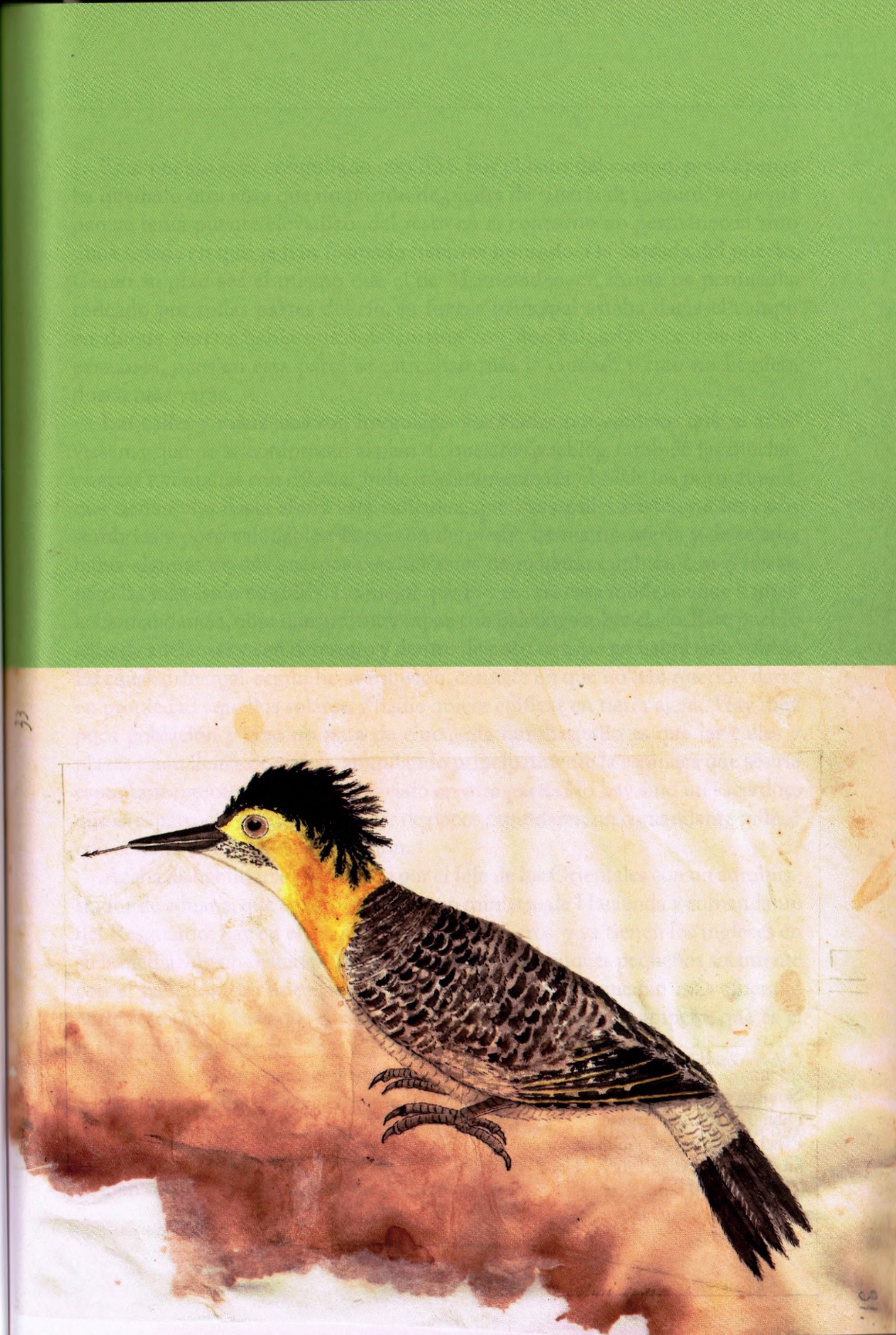
21 de junio

A las nueve salimos para la Colonia que dista seis leguas solamente por buen camino, pero siempre rodeados de cardales de Castilla; no se encuentra sino un arroyuelo con poca arboleda a las dos y media leguas de nuestra salida; llevaba tan poca agua que de un salto se puede salvar; el paso es de arena y cascajo. Aquí hubo una acción con los ingleses.

Cerca de las doce y media llegamos al Real de San Carlos, que en otro tiempo era uno de los paseos de la Colonia; pero en el día no hay más que unos cercos de tunas destruidos, encerrando grandes cardales con una chocita miserable dentro; no hay sino una pobre casa de teja y una iglesia pobre de lo mismo con las paredes de adobe. Desde aquí vimos la primera vez el majestuoso y anchuroso Río de la Plata que se confunde con el océano; y enfrente la Colonia del Sacramento a una legua de distancia hacia el sur, que tiene una muy buena vista desde aquí conviniendo todos que su puerto y situación se parecían mucho a la de Montevideo aunque en pequeño. Islas, etc. A la una y media llegamos a la Colonia.

Colonia

Entramos por sobre ruinas, que indicaban que algún tiempo fue un pueblo rico y opulento; y en efecto fue el depósito del gran comercio clandestino que por muchos años hicieron los portugueses con Buenos Aires; y de consiguiente depósito de mucha parte de las riquezas del Perú; así es que en el pequeño recinto de tres-cuatro cuadras de diámetro que tendrá el área de este pueblo se dejan ver de cinco a seis templos; y algunos de un gusto que en aquella fecha aún no teníamos, arreglados a una muy regular arquitectura. Tal es la que hoy sirve de parroquia bien que renovada, y que se parece bastante al bello templo del hospital de Montevideo; tiene dos torres graciosas, elevadas que terminan en pirámide; un coro de un arco muy plano y atrevido; un bautisterio a la izquierda de la entrada con una pila de jaspe muy hermoso; a la derecha se dejaba ver una columna, que casi está oculta con la nueva obra, y que hacía parte de una escalera para subir a la torre. Esta iglesia está poco adornada por dentro, y no hay sino un gran nicho en el altar mayor con una efigie del Carmen casi al natural vestida y de hermosas facciones; a la derecha en el presbiterio había otro altar del sacramento con muy buenas efigies a los lados. La sacristía que está por detrás es espaciosa y muy bien distribuida; en ella encontré dos cuadros pintados al óleo como de vara de alto de los patriarcas Santo Domingo y San Francisco que merecen estar más bien colocados, pareciéndome el último una pintura del tiempo de las bellas artes en Roma; pero ya está toda desprendida del marco y dentro de poco no valdrá nada. Hay a más de esto un templete casi sobre los muros que miran al oeste que aún se conserva entero, muy bien vestido de adornos de moderna arquitectura y que me dijeron tenía por titular a San Pedro Alcántara. En él apenas cabría un altar y era como una capilla militar con su panteón por debajo. Poco antes de entrar en el pueblo observé una columna al lado del camino con su pedestal, pero sin capitel, que es lo único que ha quedado de otra iglesia que llaman de la Concepción, con cuatro bóvedas subterráneas que aún se conservan.



Colaptes campestris

Nombre común: carpintero de campo, s/d
Dibujo de pájaro carpintero
Papel de tejidos, carbonilla, color amarillo, tinta china ferrogálica
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
245 mm x 190 mm
Conservación: estable

Este pueblo está amurallado con foso por el lado del campo, pero apenas ha quedado otra cosa que un portón de piedra de sillería de granito, y que me parece tenía puente elevadizo; del resto en el contorno no permanecen sino unos trozos en que se han formado baterías mirando a la entrada del puerto. Como su plan sea el mismo que el de Montevideo, en forma de península, rodeado por todas partes del río, su fuerza principal estaba hacia el campo en donde parece había una sola cortina con dos baluartes o cubos en sus extremos, pues en esta parte se estrechan más la ciudad; y creo no llegue a doscientas varas.

Las calles y manzanas son irregulares y cortadas por edificios que se atraviesan, y que no se conforman al plan de nuestros pueblos; también las muchas puertas y ventanas con celosías indican claramente ser obra de los portugueses, que tienen aún hasta ahora esta ridiculez, que hace calles tristes y a las casas sombrías y poco saludables. Estas son de piedra de mampostería y de tejado; había algunas de dos cuerpos con balcones de madera; también con celosías; pero las más están en ruina. Lo mejor que hay es una casa moderna que llaman la Comandancia, obra nuestra, muy capaz con balcones sobre el río. Este pueblo lejos de adelantar va en deterioro y dentro de poco tiempo no habrá sino ruinas. La causa principal, según he averiguado, consiste en que no han querido darse en propiedad aquellos solares, y nadie quiere edificar en tierra ajena. Hay muy poca población y creo no pasa de cincuenta familias; ello es que las calles y plazas están llenas de yerbas, abundando principalmente la espinaca que se cría espontáneamente, y que no la he visto en otra parte. No hay sino un sacerdote que es el párroco; un cabildo secular de pocos capitulares; un comandante militar con sesenta hombres de guarnición.

Acaba de habilitarse este puerto por el Jefe de los Orientales con un administrador de aduana, que es al mismo tiempo ministro de Hacienda y comandante del Resguardo; hay en el día gran negocio de cueros; y ya tienen los ingleses en su inmediación un matadero; había en el puerto dos buques pequeños solamente con el pabellón británico. Los buques de mayor porte quedan más afuera al abrigo de varias islas que defienden del viento sudoeste o pampero, que es el más temible en este río.

El embarcadero está al norte; no hay mucho muelle, y toda la costa en contorno es áspera y brava como la de Montevideo, pero no de granito sino de piedra pizarra con la que están construidos todos los edificios de este pueblo. La parte este del puerto forma una ensenada con grandes arenales; en fin es casi en todo, un Montevideo en pequeño.

22 de junio

Salimos de la Colonia a las nueve que dista del Colla para donde íbamos a hacer jornada once leguas, tomando el camino de abajo a las tres leguas encontramos el Riachuelo con arboleda y buen paso; se sigue después el Sauce también con arboleda y paso de cascajo. Hay hacia la barra de este arroyo que entra en el de la Plata un puerto bastante cómodo y en el que alguna vez entraron fragatas de Medina para cargar con su muelle provisional. Después encontramos el Minuán que es un bañado de lo más pantanosos que hemos tenido en el viaje y bastante ancho y distará del anterior como media legua, y de este al Colla (a las cuatro y media de la tarde) tres leguas y media. La población está en una llanura antes del arroyo de este nombre. Las casas están derramadas y son pocas. La iglesia de paja de la misma forma de las anteriores con una imagen del Rosario en un mal nicho y papel pintado en el testero; es oscura y pobre. No hay cabildo sino un comandante militar. Los vecinos sostienen un antiguo pleito contra un particular que quiere apropiarse aquellas tierras, y los han reducido a unas miserables chácaras entre peñascales. El pueblo debía estar fundado sobre el puerto del Sauce en cuyo rincón hay abundancia de leña de espinillo de que se utilizarían los vecinos y lo limpiarían en parte, estando en el día unas tierras excelentes, abandonadas. Aquí vi por primera vez un avestruz albino ya sumamente doméstico. Fuimos muy bien alojados.

23 de junio

Salimos para San José que dista trece leguas. Lo primero que encontramos fue el arroyo del Rosario a distancia de una legua; tiene buen paso de arena y arboleda. La estancia que llaman del Rey está del otro lado; toda cubierta de chircales una especie de Molina de la flora peruana y llega hasta Cufré que es hondo con arboleda y dista cinco leguas. A este arroyo se extendía antes la jurisdicción del Gobierno de Montevideo; principian las gramas; se sigue después Pavón arroyo con mucha caída y hondo en lo de Durán, que está a

tres leguas. En la posta fue preso el virrey marqués de Sobremonte en febrero de 1807 por las tropas de Buenos Aires después de la toma de Montevideo por los ingleses en 3 del mismo. A las cinco y media de la tarde llegamos a San José que dista de Pavón cuatro leguas.

24 de junio

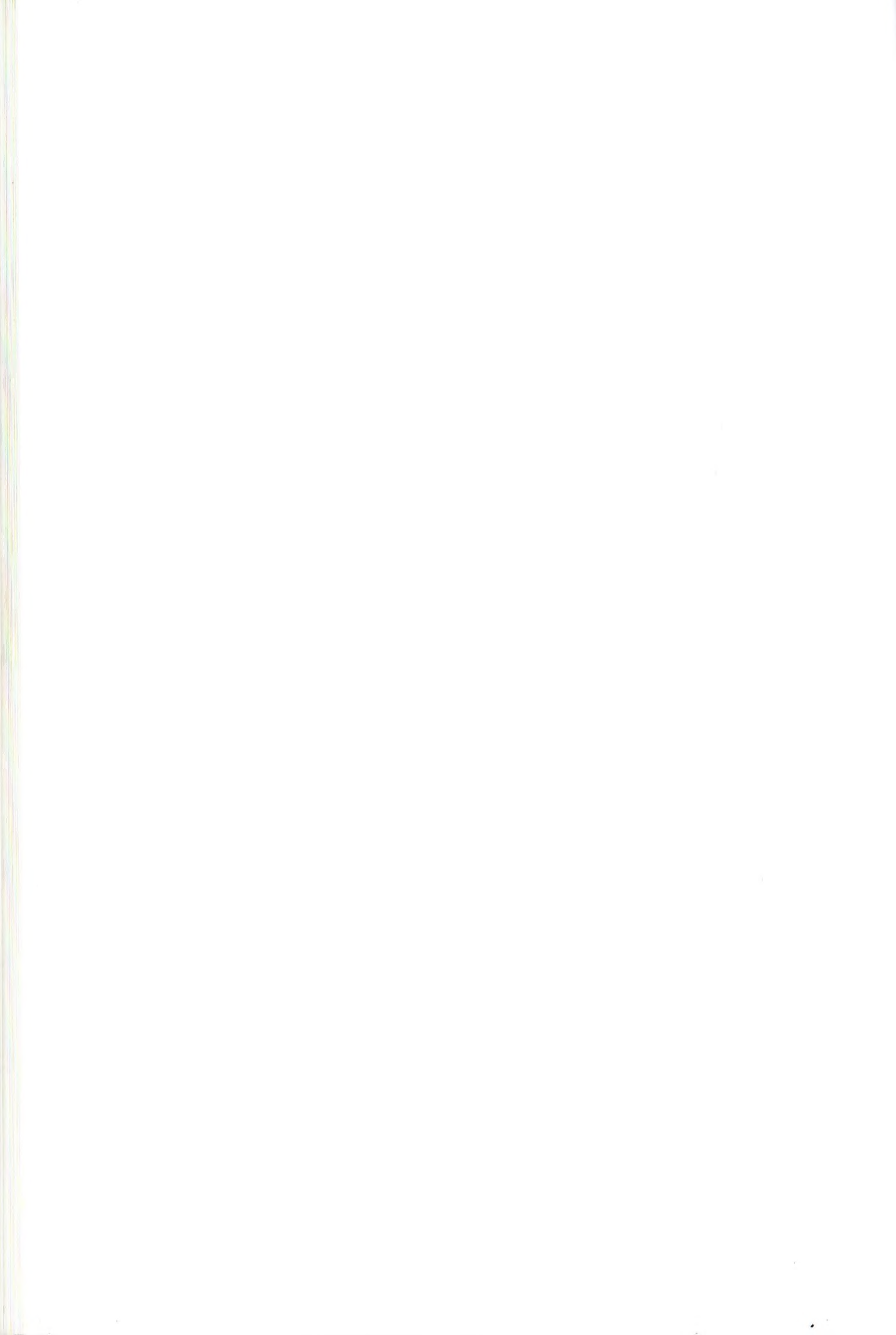
Salimos a las once de la mañana para Canelones nueve leguas, pasando este río por el paso de José Ignacio con mucho bañado a dos leguas del pueblo río abajo; por este camino Cañancha es pantanoso con algún que otro árbol; el camino es muy llano hasta Santa Lucía; no hay piedras y tienen poca salida las aguas; y así hay varios pantanos. Vimos un hombre de la estancia de Chopitea a más de dos leguas. A las cuatro de la tarde pasamos Santa Lucía, y no llegaba el agua a los encuentros. No llegamos a la villa por no detenernos y en un vado mudamos caballos, y caída la tarde vi que una gran banda de tordos en forma de pasa se dirigían hacia el bosque volando muy rastreros, naturalmente a pasar la noche entre los pajonales. Había llovido a la media legua del paso y fue fortuna que no hubiéramos tenido las mismas aventuras. A las seis llegamos a Canelones. Estaban en el Rosario y advertí que tenían órgano con un buen organista indio de Misiones.

25 de junio

Salimos a las doce y llegamos a lo del regidor, una legua de la ciudad, a las cinco y media en donde pasamos la noche, supimos que ya salía la gente de Otorgués.

26 de junio

Salimos a las nueve y llegamos a las diez y tres cuartos a la casa capitular en donde dimos cuenta de nuestra misión.



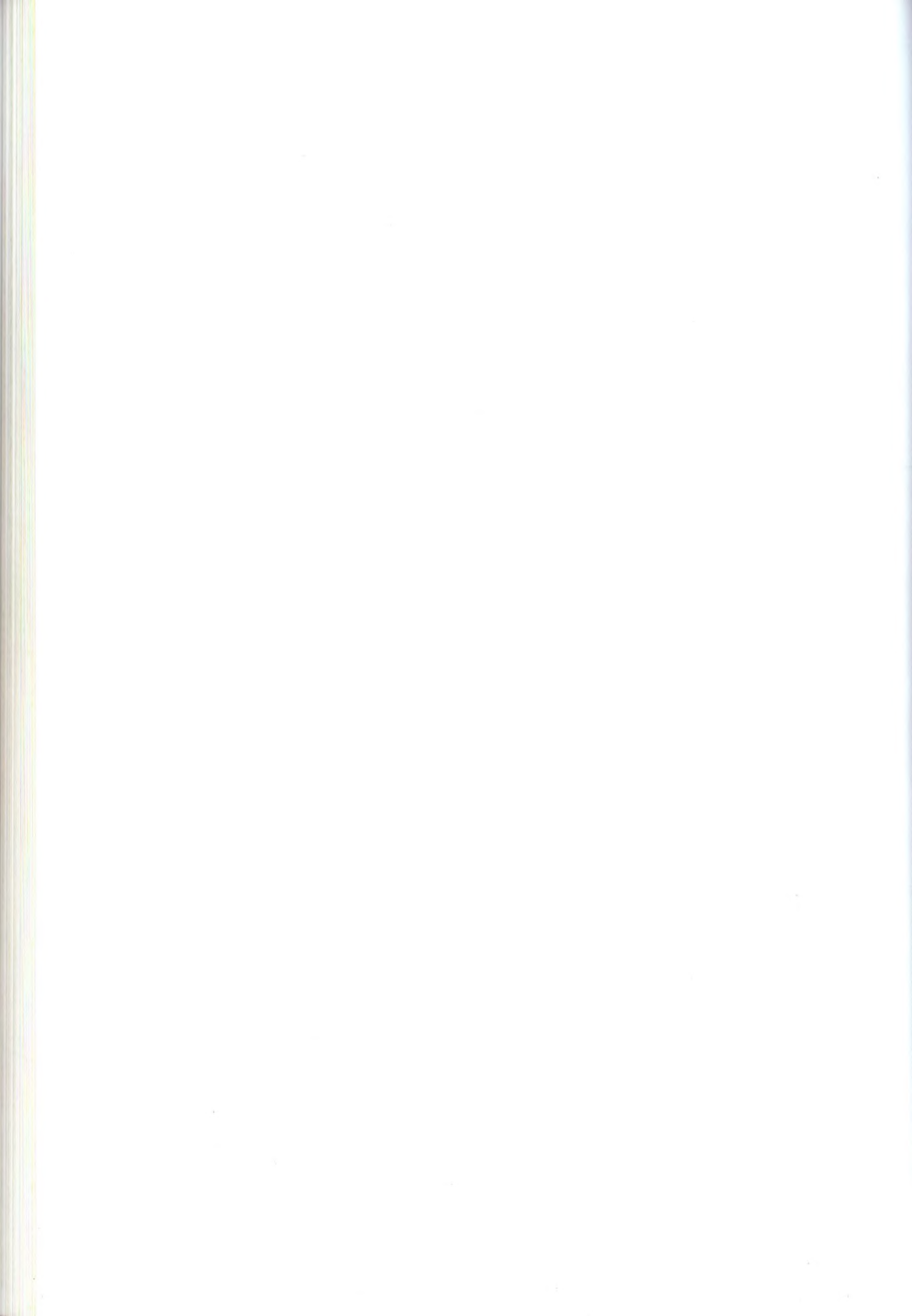


Cabeza del Peludo ó Quir-quincho vista de frente del tamaño natural.

Euphractus sexcinctus

Nombre común: peludo, s/d
Dibujo de cabeza de peludo
Papel de tejidos, carbonilla, tinta china ferrogálica
AGN-EX-MHN, Caja 196, carpeta 1
145 mm x 200 mm
Conservación: estable
Nota: Tiene una nota manuscrita al pie en tinta ferrogálica sobre el dibujo

Anexos



[Acta de la sesión celebrada por el Cabildo de Montevideo el 29 de mayo de 1815 en que se resolvió, vista la irritación que se advertía en dos oficios de Artigas, comisionar cerca de él al Regidor Defensor de Menores, Antolín Reyna y al Cura y Vicario interino Dámaso Antonio Larrañaga.]

[Montevideo, mayo 29 de 1815]

En la Muy Fiel Reconquistadora y Benemérita de la Patria Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo a veinte y nueve de mayo de mil ochocientos quince: el Excelentísimo Cabildo Justicia y Regimiento de ella cuyos Señores que le componen al final firman, se juntó y congregó en su Sala Capitular como lo tiene de uso y costumbre cuando se dirige a tratar cosas tocantes al mejor Servicio de Dios nuestro Señor, bien general de la Provincia particular de este Pueblo presidiendo el Acto el Sr. Alcalde de 1.º Voto Interino Don Pablo Pérez con asistencia del Caballero Síndico Procurador y presente el infrascripto Secretario. En este estado habiéndose abierto dos oficios del Señor General Don José Artigas, leídos que fueron por el Secretario de esta Corporación, después de algunos momentos de sorpresa y consternación, vueltos en sí, trataron de las causas que motivarían a dicho Señor a la irritación de sus dos oficios, según en ellos se manifiesta, y trayendo a la memoria toda la correspondencia hallaron que en ella no aparecían más que sumisión, respeto, y obediencia la más decidida a sus órdenes; y para más satisfacción suya, mandaron venir los últimos oficios que habían motivado a su última contestación, y viendo en ellos ninguna causa para el desagrado que se deja ver en sus predichos últimos oficios, y después de varias reflexiones referentes a lo mismo, teniendo en consideración la rectitud e integridad de este Jefe por una parte, y por otra el ningún mérito, que había dado esta Corporación, creyeron sin duda haber algunos equívocos o siniestros informes que habían dado ocasión a tan notable transformación en el ánimo de este Señor General, y teniendo igualmente presente que esta era una ocurrencia del mayor interés e importancia, que puede presentarse, la que podía ocasionar no menor que una disolución política en la Provincia en este estado, para proveer de remedio a un mal tan grave e inminente: Acordaron los

Señores de unánime consentimiento enviar dos Diputados cerca de la persona del Excelentísimo Señor General, uno de la misma Corporación que lo es el Señor Regidor Defensor de Menores Don Antolín Reyna que presente se hallaba, y el otro el Benemérito Cura y Vicario Interino de esta ciudad Don Dámaso Antonio Larrañaga, a quien en el acto se le mandó llamar; y aceptado que fue este encargo por él, acordaron los Señores en el acto mismo darle las instrucciones verbales como se las dieron, y concluidas estas acordaron igualmente darle las credenciales respectivas y convenientes oficios para que a la mayor celeridad se pusiesen en camino, como igualmente de que se pasase oficio al Señor Gobernador Intendente de esta Plaza para que les impartiese auxilio de una escolta de su confianza y de caballos para el transporte al lugar donde se halla dicho Señor General. Con lo cual y no siendo para más esta acta se cerró concluyó y firmó por S. E. conmigo el Secretario de que Certifico.

Pablo Pérez, *Pasqual Blanco*, *Luis de la Rosa Brito*, *José Vidal*, *Francisco Fermín Pla*, *Pedro María de Taveyro* Secretario

Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, Montevideo, Monteverde, 1990, tomo XXIII, pp. 90-91.

[Acta de la sesión celebrada por el Cabildo de Montevideo en que se tomó conocimiento de un oficio de los comisionados ante Artigas y del de este al Cabildo de fecha 13 de junio.]

[Montevideo, junio 20 de 1815]

En la Muy Fiel Reconquistadora y Benemérita de la Patria Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo (a veinte de junio de mil ochocientos quince) el Excelentísimo Cabildo Justicia y Regimiento de ella, cuyos Señores que le componen al final firman se juntó y congregó en su Sala Capitular como lo tiene de uso y costumbre cuando se dirige a tratar cosas tocantes al mejor Servicio de Dios Nuestro Señor, bien general de la Provincia y particular de este Pueblo presidiendo el acto el Señor Alcalde de 1.º Voto Interino Don Pablo Pérez, con asistencia del Caballero Síndico Procurador y presente el infrascripto Secretario. En este estado: abrió el Secretario un oficio de los Diputados mandados al Señor General, en que daban parte de haber conseguido cuanto se proponían en el objeto de su misión; previniendo que nada se habría hecho si no trataba este Ayuntamiento de dar luego cumplimiento a cuanto este Jefe disponía. Enterado que fue Su Excelencia del contenido de aquel, mandó se abriese el otro del Señor General cuyo tenor es el siguiente: «He oído al Señor Regidor Defensor de Menores ciudadano Antolín Reina, y el Señor Cura Vicario ciudadano Dámaso Antonio Larrañaga, enviados cerca de mí por esa Muy Ilustre Corporación. Viendo retrasado el cumplimiento de mis órdenes cerca de un mes y medio, permítame Vuestra Señoría le diga, que si el resultado era obedecerlas, yo esperaba verlo manifiesto precisamente en el hecho de cumplirlas, más que por el órgano de la diputación. Asuntos de tal tamaño y en estas circunstancias, son de una exigencia imprescindible. —Un minuto de demora es una desventaja, y la actividad ha sido lo que siempre ha contribuido más a la gloria de nuestros sucesos—. Cuando yo ordené al Gobernador Don Fernando Otorgués marchase a la frontera, contesté en aquellos días a Vuestra Señoría sobre la conservación de los muros, hallándome próximo a combinar con Buenos Aires un plano de defensa general, y en eso cualquiera debía ver consiguiente que yo no podía olvidarme de determinar una guarnición precisa para esa Plaza. Sin combinaciones con Portugal la Expedición Española, es

nada; por si se verificase que obrasen ambas naciones de acuerdo, es que indiqué las marchas de esas fuerzas al Cerro Largo. Yo en la actualidad tengo presentes todas las atenciones, sin que haya circunstancia alguna capaz de distraerme. En esta confianza es que Vuestra Señoría debe descansar, y fijar los deseos de ese Pueblo, evitando con todo esmero vuelvan a reproducirse temores que acusen demora a mis determinaciones. Bajo este principio, es urgentísimo que no se dilate un minuto más el cumplimiento de mis últimas órdenes. Yo repito a Vuestra Señoría que necesito esa Caballería en la frontera. Por ahora ordeno queden en esa Plaza dos Compañías de ella, y oportunamente haré que sea guarnecida, y auxiliada en toda la extensión que corresponde. Entre tanto cierre Vuestra Señoría absolutamente el Puerto para salidas. Las familias que quisieran buenamente dejar la ciudad, pueden hacerlo con dirección únicamente a la Campaña de esa Provincia o la de Entre Ríos. Esfuércese Vuestra Señoría en conservar la mayor tranquilidad, y evitar hasta la menor confusión y desorden. Devuelva Vuestra Señoría con toda exactitud la contribución que se sacó, y relativamente a las declamaciones contra los ciudadanos Thomás García de Zúñiga y Felipe Santiago Cardozo formalice Vuestra Señoría, sin pérdida de tiempo los esclarecimientos competentes, trasmitiéndome seguidamente lo que resulte o bien para satisfacer la Justicia pública con su castigo si resultaron delincuentes, o para satisfacer debidamente su honor en el caso contrario; debiendo esto servir a Vuestra Señoría de guía en los casos que ulteriormente puedan ocurrir. Finalmente yo encargo a Vuestra Señoría el orden más rígido en todo, y que no haya circunstancia capaz de echar el menor borrón sobre las virtudes que deban caracterizar nuestros afanes en todos tiempos. Tengo el honor de reiterar a V. S. mi más alta consideración. Cuartel general 13 junio 1815 -—José Artigas— Al Muy Ilustre Cabildo Gobernador de Montevideo».

Y enterado que fue Su Excelencia de su contenido, acordó se le diese puntual y entero cumplimiento, en todas sus partes, oficiándose al efecto al Señor Gobernador don Fernando Otorgués, con inserción de la del Señor General para su inteligencia y gobierno. Con lo cual y no siendo para más esta acta se cerró, concluyó, y firmó por Su Excelencia conmigo el secretario de que certifico.

Pablo Pérez, Pasqual Blanco, Luis de la Rosa Brito,
Ramón de la Piedra, José Vidal, Pedro María de Taveyro Secretario

Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, Montevideo,
Monteverde, 1990, tomo XXIII, pp. 94-96.

[Proyecto de tratado de paz y amistad entre José Artigas y el Directorio, propuesto por el primero a los comisionados Blas José Pico y Bruno Francisco de Rivarola.]

[Cuartel General, Paysandú, junio 16 de 1815]

Tratado de Concordia entre el Ciudadano Jefe de los Orientales y Gobierno de Buenos Aires.

Art. 1.º— Se reconocerá la Convención de la Provincia Oriental del Uruguay establecida en acta del Congreso de 5 de abril de [1813] en el tenor siguiente— La Banda Oriental del Uruguay entra en el rol para formar el Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata. Su pacto con las demás provincias es el de una alianza ofensiva y defensiva. Toda provincia tiene igual dignidad, e iguales privilegios y derechos y cada una renunciará al proyecto de subyugar a otra. La Banda Oriental del Uruguay está en el pleno goce de toda su libertad y derechos; pero queda sujeta desde ahora a la constitución que organice el Congreso general legalmente reunido, teniendo por base la libertad.

2.º— Se reconocerá que al comenzarse la revolución general cada pueblo, cada provincia entraba en ella mirando como propio cuanto le pertenecía en aquel acto, y que podía desprenderse y enajenarlo de cualquier porción en auxilio de las demás provincias según las exigencias de cada una de ellas.

3.º— Se reconocerá que la introducción de tropas de Buenos Aires en la Banda Oriental del Uruguay jamás fue con el objeto de conquista.

4.º— Consiguientemente será reconocido como perteneciente a la Provincia Oriental del Uruguay cuanto extrajo de ella el gobierno anterior.

5.º— De lo extraído se devolverán tres mil fusiles; de ellos mil quinientos de contado, mil sables, doce piezas de artillería de campaña de a 2, 4 y 6. Se coronará la plaza con todas las piezas de muralla que precisa, debiendo ser de bronce la mayor parte de ellas, el servicio competente para todas y cada una de ellas. Nueve lanchas cañoneras armadas y listas de todo.

Pólvora suelta, cartuchos de cañón, y fusil a bala, 5500 piedras de chispa, morteros y obuses, la mitad de los que se extrajeron. Bombas y granadas, todo con todo lo preciso para el servicio. La imprenta.

6.º— Reconocerá la Caja de Buenos Aires la deuda de doscientos mil pesos en favor de la Provincia Oriental del Uruguay por las cantidades extraídas de ella pertenecientes a propiedades de españoles en Europa; cuya suma debe ser satisfecha en el preciso término de dos años, admitiéndose para ayudar la facilitación de este pago la mitad de los dineros que los buques de los puertos de la Provincia Oriental del Uruguay deben pagar a Buenos Aires.

7.º— Se auxiliará con instrumentos de labranza a los labradores de la Provincia Oriental del Uruguay en la forma bastante a resarcir al menos, en una quinta parte, los grandes perjuicios que ha sufrido.

8.º— Queda por el artículo anterior satisfecho el vecindario que quedó sin documentarse de las cantidades de trigo y número de ganados con que proveyó a la subsistencia del ejército auxiliador desde la primera hasta la última campaña.

9.º—Todo lo demás que perteneciere a la Provincia Oriental del Uruguay de lo extraído, quedará en clase de depósito en Buenos Aires para auxiliar con ello a las demás provincias, con precisa intervención de la dicha provincia y a ella misma según sus urgencias ulteriores.

10.º— Será particularmente protegido el comercio de la Provincia Oriental con Buenos Aires.

11.º— La artillería de muralla que se pide y lo preciso para el servicio de ella serán conducidos directamente a Montevideo a costa de la Caja de Buenos Aires; y la artillería de campaña, sables, fusiles y los otros demás artículos de guerra pedidos vendrán a costa de la indicada Caja a este puerto de Paysandú.

12.º— Se admitirá por el gobierno de Buenos Aires un sistema equitativo para indemnizar a Montevideo de la contribución enorme que se le hizo sufrir después de haber sido ocupado por el ejército auxiliador.

13.º— Las Provincias y Pueblos comprendidos desde la margen oriental del Paraná hasta la occidental, quedan en la forma inclusa en el primer artículo de este Tratado, como igualmente las Provincias de Santa Fe y

Córdoba, hasta que voluntariamente no gusten separarse de la protección de la Provincia Oriental del Uruguay y dirección del Jefe de los Orientales.

14.º— Los trece artículos precedentes serán ratificados dentro de nueve días por el Excelentísimo Gobierno de Buenos Aires. Cuartel General de Paysandú, Junio 16 de 1815— José Artigas.

Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, Montevideo, Monteverde, 1994, tomo XXVIII, pp. 231-233.

[Contrapropuesta de los comisionados Blas José Pico y Bruno Francisco de Rivarola, como réplica a la anterior.]

[Paysandú, 17 de junio de 1815]

Tratado de Paz y amistad propuesto por los Diputados de Buenos Aires enviados a tratar con plenos poderes cerca de la persona del General de los Orientales Don José Artigas.

Art. 1.º— Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental del Uruguay, renunciando a los derechos que por el antiguo régimen le pertenecían.

2.º— Habrá paz y amistad eterna entre las Provincias contratantes, por haber ya cesado los motivos de discordia. Se echará un velo sobre todo lo pasado y será un deber de ambos gobiernos castigar con rigor los que quisiesen hacer valer sus venganzas o resentimientos particulares, ya sean muchos, o en un individuo solo.

3.º— Buenos Aires jamás podrá pedir a la Provincia Oriental indemnización bajo ningún pretexto de los cinco millones y más pesos que gastó en la toma de Montevideo; [ni] la Oriental podrá formarle cargo a la de Buenos Aires de los auxilios que le haya franqueado.

4.º— Bajo de estas justas y equitativas bases se compromete Buenos Aires a auxiliar a la Provincia Oriental con todo cuanto esté en su resorte para

llevar adelante la guerra contra los enemigos, contando Buenos Aires con la recíproca de la Oriental.

5.º— Las provincias de Corrientes y Entre Ríos quedan en libertad de elegirse o ponerse bajo la protección del gobierno que gusten.

6.º— Se devolverán recíprocamente, los prisioneros que se hayan hecho en la última guerra.

7.º— Siendo de opinión los mejores militares de la América que las fortalezas en ellas son más bien opuestas a sus intereses, que propias a su conservación, por razones muy obvias, se propone que si no es contra los intereses de la Provincia Oriental, se demuelan las murallas de Montevideo, por convenir así a los intereses generales de la nación.

8.º— Las personas, propiedades y comercio de todos los pueblos e individuos de las respectivas provincias serán altamente protegidas por ambos gobiernos.

9.º— Bajo el supuesto de que todo lo pasado ha de olvidarse, ningún ciudadano podrá ser perseguido ni causado por sus opiniones anteriores, ni por sus escritos o servicios hechos antes de la presente transacción y todos los que se hallaren en arresto o confinación serán restituidos a su libertad sin la menor demora.

10.º— Todos los emigrados que por estas diferencias hubiesen abandonado sus casas y haberes, siempre que vuelvan a ellas, les serán restituidas sin causarles extorsión.

11.º— Todos los buques que hayan sido apresados o detenidos por los jefes orientales o sus dependencias después de la evacuación de Montevideo por las tropas de Buenos Aires serán restituidos a sus dueños.

12.º— Se hará un tratado de comercio por comisionados que se nombren de ambas provincias para el efecto, en el que arreglándose los principales ramos de él, causen el engrandecimiento de ambas provincias.

13.º— Por ahora pagarán solamente un cuatro por ciento los principales los efectos que se extraigan de provincia a provincia, debiendo verificarse el pago en el puerto en que se haga la extracción.

14.º— El anterior artículo será comprensivo a las provincias de Entre Ríos y Corrientes.

15.º— Los artículos acordados serán ratificados en el preciso término de quince días.

Paysandú,Junio 17 de 1815.—Blas José Pico— Francisco Bruno de Rivarola.

Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, Montevideo, Monteverde, 1994, tomo XXVIII, pp. 233-235.



Algunos datos sobre los integrantes de la comitiva

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA nació en Montevideo en 1771. Se formó en el convento de San Bernardino en Montevideo, el Real Colegio de San Carlos en Buenos Aires, la Universidad de Córdoba y en Río de Janeiro donde se ordenó presbítero hacia 1798. En 1804 fue nombrado teniente cura de la Iglesia Matriz en Montevideo, además de ser capellán de las milicias de Montevideo. Se interesó por la práctica de las ciencias naturales, mantuvo correspondencia con especialistas extranjeros, contribuyó a la clasificación de nuevas especies botánicas y dejó numerosos escritos científicos, herbarios, colecciones de insectos, etc., y láminas de especies de flora y fauna. Participó de la revolución desde la primera hora; en 1813 fue nombrado diputado por Montevideo ante la Asamblea Constituyente reunida en Buenos Aires. Debido a la no admisión de los diputados orientales, intervino en una negociación entre Artigas y el gobierno de las Provincias Unidas para acercar posiciones. Permaneció en Buenos Aires, donde ocupó el cargo de subdirector de la biblioteca pública hasta que en abril de 1815 retornó a Montevideo. Cuando el cabildo le encomendó esta misión ante Artigas se desempeñaba como cura y vicario interino de la Iglesia Matriz. Al año siguiente, promovió y fue el primer director de la biblioteca pública en Montevideo, inaugurada el 26 de mayo de 1816. A partir de 1817, cuando los portugueses ocuparon Montevideo, apoyó los pedidos de incorporación al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve, preservando ciertos derechos y prerrogativas del territorio. En 1818 fundó la casa o asilo de niños expósitos. Impulsó la difusión del método lancasteriano para la enseñanza primaria. Luego de la independencia, fue senador en la primera legislatura, promovió la educación superior y ocupó la jerarquía máxima de la Iglesia católica uruguaya al ser nombrado Vicario Apostólico del Uruguay en 1832. Falleció en el campo sitiador de Montevideo, en su quinta de Miguelete, en 1848.[1]

1 Entre las múltiples biografías de Larrañaga mencionamos la de Edmundo Favaro, *Dámaso Antonio Larrañaga. Su vida y su obra*, Montevideo, 1950.

Antolín Reyna era hacendado, comerciante y abastecedor del ejército. En marzo de 1815 había sido electo regidor del cabildo montevideano, desempeñándose como defensor de menores. También integró la comisión de propiedades extrañas. Larrañaga registra el pasaje por «sus estados», una estancia y calera en el rincón formado por los arroyos Monzón, Durazno y Perdido, adquiridos recientemente a Juan Porcel de Peralta, vecino de Buenos Aires. Haciendo referencia a la extensión de las tierras, sentenciaba Larrañaga, «sosegadas nuestras turbulencias, tendrá en ellas nuestro regidor un marquesado».[2] En el marco de la regularización de propiedades, obtuvo del alcalde provincial el reconocimiento de sus derechos sobre la estancia.[3] Fue acusado de distintos actos de malversación de fondos públicos en noviembre de 1815, debiendo marchar como prisionero junto a Juan María Pérez, Lucas Obes y Juan Correa al cuartel general artiguista en Purificación. Logró fugar a Río Grande. Al año siguiente se presentó ante Artigas, saneando su situación mediante el compromiso de pagar una multa de tres mil pesos.[4]

José Benito Lamas nació en Montevideo en 1787. De su *Librito de memoria que contiene las épocas memorables, o sucesos particulares acaecidos al dueño de él Presbítero D. José Benito Lamas desde su nacimiento, y algunas otras curiosidades*, fechado en Montevideo el 22 de enero de 1835, surgen datos sobre su formación religiosa y trayectoria.[5] Profesó en la orden franciscana en 1804 y comenzó sus estudios de teología tres años más tarde. Fue expulsado de Montevideo en mayo de 1811 por su adhesión a la revolución, ordenándose sacerdote en Buenos Aires en diciembre de ese año. Luego de un pasaje por Córdoba, a comienzos de 1815 se encontraba nuevamente en Montevideo, siendo capellán militar de la división de Otorgués y lector de vísperas en el convento de San Francisco. En el segundo semestre de 1815 volvió a encontrarse con Artigas, esta vez en Purificación, regresando en diciembre para hacerse cargo de la dirección de la escuela pública. En 1816 participó en otra movilización en Montevideo para evitar la salida del cuerpo de cívicos. En 1817, luego de la ocupación portu-

2 Anotación del 5 de junio.

3 CNAA, Montevideo, Monteverde, 1992, tomo XXVI, pp. 44-47.

4 Véase Nelson de la Torre, Julio Rodríguez y Lucía Sala de Tourón, *La revolución agraria artiguista*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1969, pp. 122-131 y Ana Frega y Ariadna Islas, «Estancias y revolución en la Banda Oriental», en *Revista de historia bonaerense*, año IV, n.º 17, Morón, Instituto Histórico del Partido de Morón, junio 1998, pp. 19-22.

5 Raúl Montero Bustamante, «Manuscritos del prebístero don José Benito Lamas», ob. cit. Según Montero Bustamante, solo se han conservado fragmentos de un texto más extenso.

guesa de Montevideo abandonó la ciudad acompañando a las autoridades y fuerzas orientales. Posteriormente se trasladó a las Provincias Unidas, donde se incorporó al clero secular. Regresó a Montevideo hacia 1829. En 1833 ocupó la cátedra de Filosofía[6] a la que sumó las de Latinidad y Teología en los años siguientes. Fue rector de la Iglesia Matriz desde 1838, senador por Montevideo (1852-1854) y vicario apostólico entre 1854 y 1857, cuando falleció durante una epidemia de fiebre amarilla.

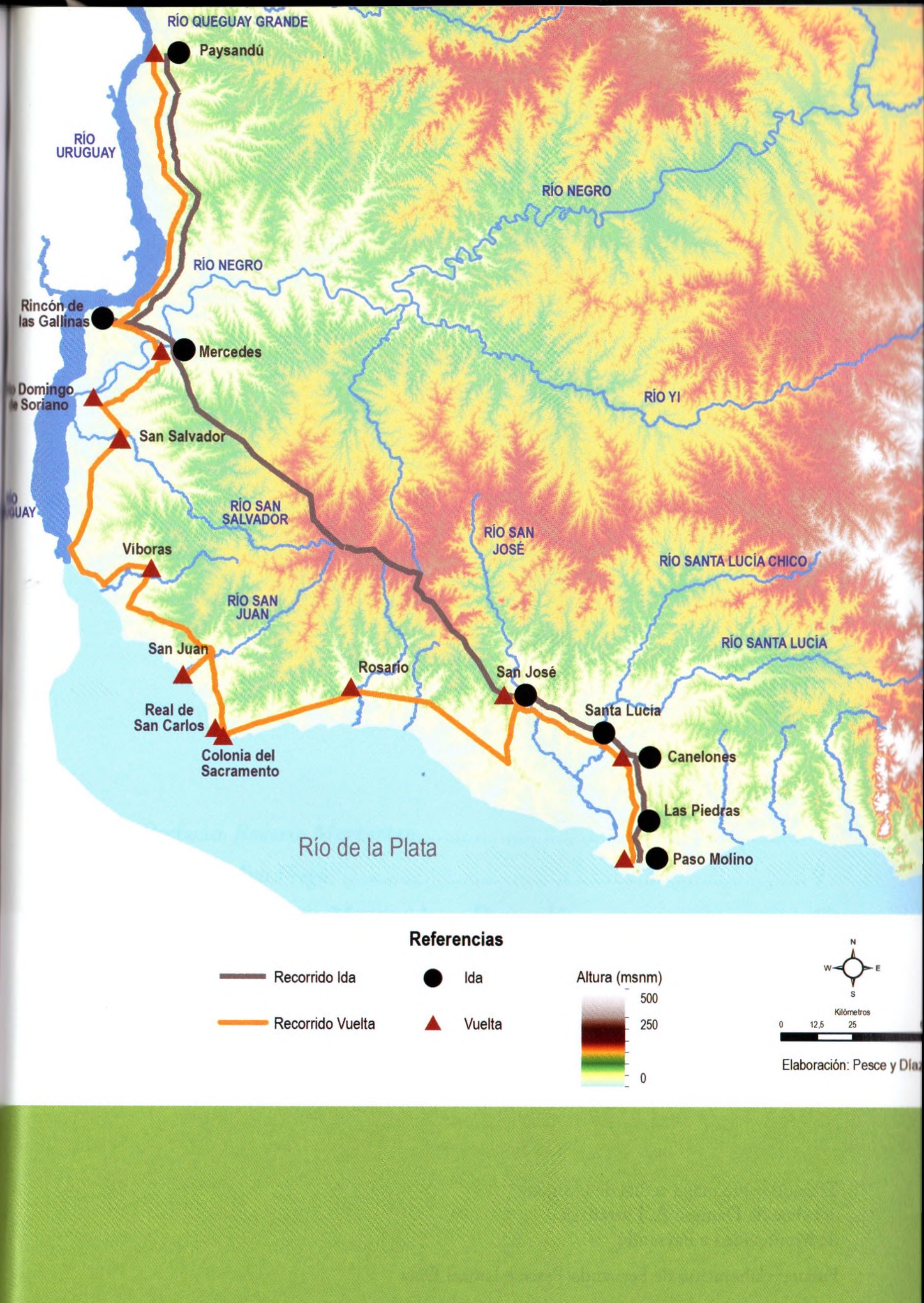
Miguel Pisani era un militar de trayectoria, revistando en 1815 como sargento mayor del Cuerpo de Dragones de la Libertad (caballería ligera) a las órdenes de Fernando Otorgués. Entre otras tareas, Pisani se encargaba de la contabilidad o registro de pertrechos y provisiones del referido cuerpo. En esa función, tenía relaciones con los abastecedores, como Antolín Reyna, llamado a rendir cuentas ante Artigas, entre otros cargos, por hacerse pagar el costo de los contratos realizados con las fuerzas de guerra de las Provincias Unidas o quedarse con 20.000 cueros cuando las tropas orientales abandonaron el sitio a Montevideo en enero de 1814.[7] Pisani figura en Montevideo en 1816, participando de las juntas de guerra para organizar la ciudad frente al inminente ataque portugués. Hacia 1830 revistaba como ayudante mayor del ejército.

Ana Frega

6 José Benito Lamas, «Discurso inaugural de la cátedra de Filosofía de Montevideo en 1833», en *Revista Nacional*, año 1, n.° 1, Montevideo, enero 1938, pp. 143-147.

7 Véase N. de la Torre, J. Rodríguez y L. Sala de Tourón, ob. cit., p. 129.



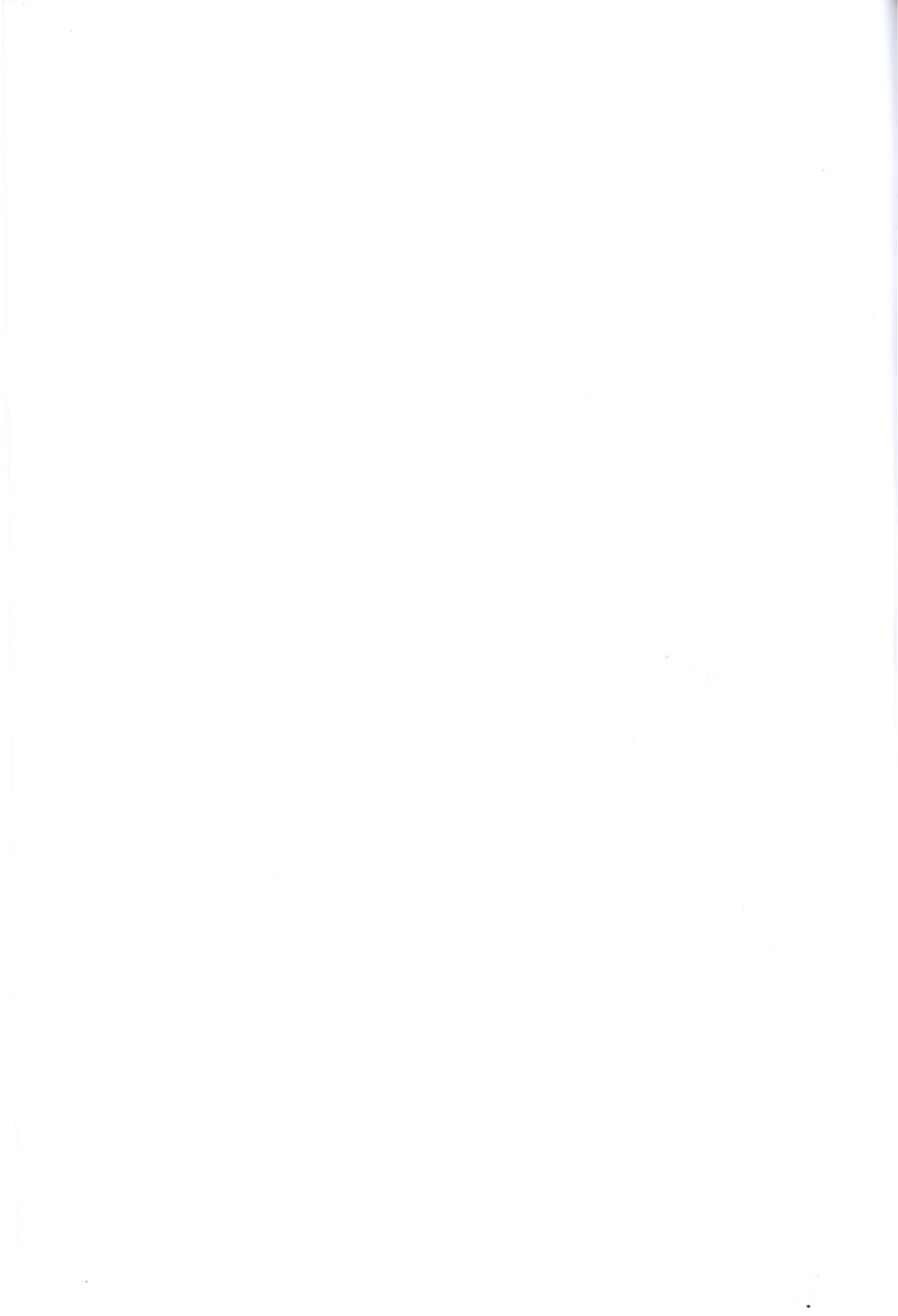


RÍO QUEGUAY GRANDE
Paysandú
RÍO URUGUAY
RÍO NEGRO
RÍO NEGRO
Rincón de las Gallinas
Mercedes
Domingo Soriano
San Salvador
RÍO YI
RÍO SAN SALVADOR
RÍO SAN JOSÉ
Víboras
RÍO SANTA LUCÍA CHICO
RÍO SAN JUAN
RÍO SANTA LUCÍA
San Juan
Rosario
San José
Real de San Carlos
Colonia del Sacramento
Santa Lucía
Canelones
Las Piedras
Paso Molino
Río de la Plata
Referencias
Recorrido Ida
Recorrido Vuelta
Ida
Vuelta
Altura (msnm)
500
250
0
N
W
E
S
Kilómetros
0
12,5
25
Elaboración: Pesce y Díaz

Trazado sobre mapa actual de Uruguay
del viaje de Dámaso A. Larrañaga
de Montevideo a Paysandú

Fuente: elaboración de Fernando Pesce e Ismael Díaz

Contenido







OTROS TÍTULOS
DE ESTA COLECCIÓN

De Arturo Ardao

Espiritualismo y positivismo en el Uruguay

La Universidad de Montevideo. Su evolución histórica

De M. Blanca París de Oddone

La Universidad de la República en la formación de nuestra conciencia liberal

De Juan A. Oddone
y M. Blanca París de Oddone

Historia de la Universidad de la República. Tomo I. La Universidad Vieja 1849-1885

Historia de la Universidad de la República. Tomo II. La Universidad del militarismo a lacrisis 1885-195

Historia de la Universidad de la República. Tomo III. Selección Documental. La Universidad del militarismo a la crisis 1885-1958

De Carlos Real de Azúa

Antología del ensayo uruguayo

Ediciones Universitaria

El diario de viaje de Dámaso Antonio Larrañaga nos acerca imágenes y vivencias sobre un momento crucial del proceso revolucionario en el Río de la Plata. Testigo y protagonista, en la mirada de Larrañaga confluyen el sacerdote, el naturalista, el americano y el político. Las anotaciones describen caminos, lugares, fauna y flora, personajes, circunstancias, costumbres, temores y expectativas a lo largo de los veintiséis días que duró la travesía, recorriendo un territorio donde la guerra había pasado a ser lo cotidiano.

Ana Frega

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA (Montevideo, 1771-1848). Se formó en el convento de San Bernardino en Montevideo, el Real Colegio de San Carlos en Buenos Aires, la Universidad de Córdoba y en Río de Janeiro donde se ordenó presbítero hacia 1798.

Se interesó por la práctica de las ciencias naturales, mantuvo correspondencia con especialistas extranjeros, contribuyó a la clasificación de nuevas especies botánicas y dejó numerosos escritos científicos, herbarios, colecciones de insectos, etcétera y láminas de especies de flora y fauna, en su mayoría coloreadas.

Luego de la independencia, fue senador en la primera legislatura, promovió la educación superior y ocupó la jerarquía máxima de la Iglesia católica uruguaya al ser nombrado Vicario Apostólico del Uruguay en 1832.


ISBN: 978-9974-0-1400-8